

Centro Cultural Hispano-Guineano
CENTENARIO GARCÍA LORCA
1898-1998



Federico García Lorca



AGENCIA ESPAÑOLA
DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL

Centenario de García Lorca 1898 - 1998

Recopilación de textos: Gabriela Gómez-Pimpollo
Edita: Cooperación Española
Imprenta del Centro Cultural Hispano-Guineano
Apartado 180 Malabo, Guinea Ecuatorial
Teléfono +240.92720. Fax +240.92722
Ilustración cubierta: Federico García Lorca
Diseño de cubierta: Enrique León

INDICE

- Federico, de Vicente Aleixandre.
- Biografía.
- La zapatera prodigiosa (texto íntegro).
- Antología
 - Poemas del cante jondo y romancero gitano.
 - De Poeta en Nueva York.
 - Llanto por Ignacio Sánchez Mejías.

FEDERICO

A Federico se le ha comparado con un niño, se le puede comparar con un ángel, con un agua ("mi corazón es un poco de agua pura", decía él en una carta), con una roca; en sus más tremendos momentos era impetuoso, clamoroso, mágico como una selva. Cada cual le ha visro de una manera. Los que le amamos y convivimos con él le vimos siempre el mismo, único y, sin embargo, cambiante, variable como la misma Naturaleza. Por la mañana se reía tan alegre, tan clara, tan multiplicadamente como el agua del campo, de la que parecía siempre que venía de lavarse la cara. Durante el día evocaba campos frescos, laderas verdes, llanuras, rumos de olivos grises sobre la tierra ocre; en una sucesión de paisajes españoles que dependían de la hora, de su estado de ánimo, de la luz que despidieran sus ojos; quizá también de la persona que tenía enfrente. Yo le he visto en las noches más altas, de pronto, asomado a unas barandas misteriosas, cuando la luna correspondía con él y le plateaba su rostro; y he sentido que sus brazos se apoyaban en el aire, pero que sus pies se hundían en el tiempo, en los siglos, en la raíz remotísima de la tierra hispánica, hasta no sé dónde, en busca de esa sabiduría profunda que llameaba en sus ojos, que quemaba en sus labios, que encandecía su ceño de inspirado. No, no era un niño entonces. ¡Qué viejo, qué viejo, qué "antiguo", qué fabuloso y mítico! Que no parezca irreverencia: sólo algún viejo "cantaor" de flamenco, sólo alguna vieja "bailaora", hechos ya estatuas de piedra, podrían serle comparados. Sólo una remota montaña andaluza sin edad, entrevista en un fondo nocturno, podría entonces hermanársele.

No hay quien pueda definirle. Su presencia, comparable quizá sólo y justamente con el tifón que asume y arrebat, traía siempre asociaciones de lo sencillo elemental. Era tierno como una concha de la playa. Inocente en su tremenda risa morena, como un árbol furioso. Ardiente en sus deseos, como un ser nacido para la libertad. Y tenía para su obra futura un instinto tan primario de defensa, que no puede por menos de traerme la memoria de un genio: Goethe. Con una diferencia, y es que Federico era incapaz de la fría serenidad con que aquel júpiter

encadenó el complicado mecanismo de sus instintos y pasiones y lo redujo a ruedas dentadas al servicio de su rendimiento intelectual. En Federico todo era inspiración, y su vida, tan hermosamente de acuerdo con su obra, fue el triunfo de la libertad, y entre su vida y su obra hay un intercambio espiritual y físico tan constante, tan apasionado y fecundo, que las hace eternamente inseparables e indivisibles. En este sentido, como en otros muchos, me recuerda a Lope.

En Federico, que pasaba mágicamente por la vida, al parecer sin apoyarse; que iba y venía ante la vista de sus amigos con algo de genio alado que dispensa gracias, hace feliz un momento y escapa en seguida como la luz, que él se llevaba efectivamente; en Federico se veía sobre todo al poderoso encantador, disipador de tristezas, hechicero de la alegría, conjurador del gozo de la vida, dueño de las sombras, a las que él desterraba con su presencia. Pero yo gusto a veces de evocar a solas otro Federico, una imagen suya que no todos han visto: al noble Federico de la tristeza, al hombre de soledad y pasión que en el vértigo de su vida de triunfo difícilmente podía adivinarse. He hablado antes de esa nocturna testa suya, macerada por la luna, ya casi amarilla de piedra, petrificada como un dolor antiguo. “¿Qué te duele, hijo?”, parecía preguntarle la luna. “Me duele la tierra, la tierra y los hombres, la carne y el alma humana, la mía y la de los demás, que son uno conmigo.”

En las altas horas de la noche, discurriendo por la ciudad, o en una tabernita (como él decía), casa de comidas, con algún amigo suyo, entre sombras humanas, Federico volvía de la alegría, como de un remoto país, a esta dura realidad de la tierra visible y del dolor visible. El poeta es el ser que acaso carece de límites corporales. Su silencio repentino y largo tenía algo de silencio de río, y en la alta hora, oscuro como un río ancho, se le sentía fluir, fluir, pasándole por su cuerpo y su alma sangres, remembranzas, dolor, latidos de otros corazones y otros seres que eran él mismo en aquel instante, como el río es todas las aguas que le dan cuerpo, pero no límite. La hora muda de Federico era la hora del poeta, hora de soledad, pero de soledad generosa porque es cuando el poeta siente que es la expresión de todos los hombres.

Su corazón no era ciertamente alegre. Era capaz de toda la alegría del Universo; pero su sima profunda, como la de todo

gran poeta, no era la de la alegría. Quienes le vieron pasar por la vida como un ave llena de colorido, no le conocieron. Su corazón era como pocos apasionado, y una capacidad de amor y de sufrimiento ennoblecía cada día más aquella noble frente. Amó mucho, cualidad que algunos superficiales le negaron. Y sufrió por amor, lo que probablemente nadie supo. Recordaré siempre la lectura que me hizo, tiempo antes de partir para Granada, de su última obra lírica, que no habíamos de ver terminada. Me leía sus *Sonetos del amor oscuro*, prodigio de pasión, de entusiasmo, de felicidad, de tormento, puro y ardiente monumento al amor, en que la primera materia es ya la carne, el corazón, el alma del poeta en trance de destrucción. Sorprendido yo mismo, no pude menos que quedarme mirándole y exclamar: “Federico, ¡qué corazón! ¡Cuánto ha tenido que amar, cuánto que sufrir!” Me miró y se sonrió como un niño. Al hablar así no era yo probablemente el que hablaba. Si esa obra no se ha perdido; si, para honor de la poesía española y deleite de las generaciones hasta la consumación de la lengua, se conservan en alguna parte los originales, cuántos habrá que sepan, que aprendan y conozcan la capacidad extraordinaria, la hondura y la calidad sin par del corazón de su poeta.

VICENTE ALEIXANDRE

FEDERICO GARCÍA LORCA

BIOGRAFÍA

Federico García Lorca, poeta y dramaturgo español de la generación del 27, nació en Fuentevaqueros (Granada) en 1898. Estudió Filosofía y Letras y se licenció en Derecho por la Universidad granadina. Desde 1919 residió habitualmente en Madrid. En 1929-30 estuvo en Estados Unidos, Canadá y Cuba. Al año siguiente fundó el teatro universitario *La Barraca*, del que fue director con Eduardo Ugarte, y para el que adaptó *Fuenteovejuna* y *La dama boba*, de Lope de Vega; *El burlador de Sevilla*, de Tirso, y el auto sacramental *La vida es sueño*, de Calderón. En 1933-34 hizo un viaje a Argentina y Uruguay. Conocía también Francia e Inglaterra.

Su primera obra fue el libro en prosa *Impresiones y paisajes* (1918). Su iniciación en el teatro data de *El maleficio de la mariposa* (1920), pero su primer éxito como dramaturgo lo consiguió en 1927 con *Mariana Pineda*, a la que siguieron *La zapatera prodigiosa*, *Bodas de sangre*, *Yerma*, *Doña Rosita la soltera* y *La casa de Bernarda Alba*, por citar sólo sus piezas mayores. En casi todas ellas hay -como en las comedias de Lope- pasajes líricos de antología.

El teatro de Lorca está inspirado por una intención didáctica y tiene, por lo tanto, una función moralizadora y de acción social. Como un contemporáneo suyo, Bertolt Brecht, Lorca incorpora el aria del teatro modernista y la canción aprendida en Lope, y configura escenas líricas no para distanciar al espectador y así despertar su conciencia política, sino -y aquí se diferencia de Brecht- para implicar al espectador, para inducirlo e incorporarlo a la acción dramática. La razón de esta diferenciación entre Brecht y Lorca reside en la poética que los guía. Brecht apela a la razón. Lorca, al sentimiento. Lorca está más cerca del poeta y dramaturgo irlandés William Butler Yeats.

Aficionado a la pintura, dibujaba con gracia, y fue un gran recreador de canciones populares.

De todos los poetas españoles contemporáneos es el que ha logrado más difusión en el extranjero, donde sus obras han sido traducidas a diversas lenguas y ampliamente estudiadas.

Poeta de mitos, su poesía es esencialmente simbólica. Detrás de la apariencia folclórica y popular, su obra revela la tragedia de un ser atormentado por su condición humana. Lorca opondrá siempre su instinto, su condición personal, a los convencionalismos sociales. De esta tensión surgirá su obra caracterizada por símbolos eróticos. El mundo de Lorca es la noche poblada de "caballos soñolientos". Un nocturno siempre lunar, femenino, pero estéril.

Liberal educado por krausistas republicanos, amigo de marxistas y anarquistas, Lorca era un intuitivo que apenas sabía de teoría política. No fue nunca un militante. Su labor desarrollada al frente de "La Barraca" lo definió, ante las fuerzas conservadoras, como "izquierdista". De esta confusión fue víctima el poeta, asesinado en Granada a principios de la guerra civil española.

Innovador en materia teatral, sobre todo a partir de la publicación de sus piezas *El público* y *Comedia sin título*. A pesar de la popularidad de *Romancero gitano*, sus libros más importantes siguen siendo *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*, *Poeta en Nueva York* y *El diván de Tamarit*.

OBRA PRINCIPAL: **Poesía:** Libro de poemas (1921); Canciones (1927); Primer Romancero gitano (1928); Poema del cantante jondo (1931); Oda a Walt Whitman (1933); Llanto por Ignacio Sánchez Mejías (1935); Seis poemas galegos (1935); Primeras canciones (1936); Poeta en Nueva York (1940); El diván de Tamarit (1940); Obras completas (1942, 7 vols.) **Teatro:** Mariana Pineda (1928); Bodas de sangre (1935); Yerma (1937); La casa de Bernarda alba (1942); El público y comedia sin título (1978).

LA ZAPATERA PRODIGIOSA

Texto íntegro

F. Denis Jacin Lota

LA ZAPATERA PRODIGIOSA

FARSA VIOLENTA EN DOS ACTOS Y UN PRÓLOGO

(1930)

PERSONAJES

ZAPATERA.	SACRISTANA.
VECINA ROJA.	EL AUTOR.
VECINA MORADA.	ZAPATERO.
VECINA NEGRA.	EL NIÑO.
VECINA VERDE.	DON MIRLO.
VECINA AMARILLA.	MOZO DE LA FAJA.
BEATA 1. ^a	MOZO DEL SOMBRERO.
BEATA 2. ^a	

VECINAS, BEATAS, CURAS Y PUEBLO

PRÓLOGO

*Cortina gris. Aparece el AUTOR. Sale rápidamente.
Lleva una carta en la mano*

EL AUTOR

Respetable público... (*Pausa.*) No; respetable público, no; público solamente, y no es que el autor no considere al público respetable, todo lo contrario, sino que detrás de esta palabra hay como un delicado temblor de miedo y una especie de súplica para que el auditorio sea generoso con la mímica de los actores y el artificio del ingenio. El poeta no pide benevolencia, sino atención, una vez que ha saltado hace mucho tiempo la barra espinosa de miedo que los autores tienen a la sala. Por este miedo absurdo, y por ser el teatro en muchas ocasiones una finanza, la poesía se retira de la escena en busca de otros ambientes donde la gente no se asuste de que un árbol, por ejemplo, se convierta en una bola de humo o de que tres peces, por amor de una mano y una palabra, se conviertan en tres millones de peces para calmar el hambre de una multitud. El autor ha preferido poner el ejemplo dramático en el vivo ritmo de una zapaterita popular. En todos los sitios late y anima la criatura poética que el autor ha vestido de zapatera con aire de refrán o simple romancillo, y no se extrañe el público si aparece violenta o toma actitudes agrias, porque ella lucha siempre, lucha con la realidad que la cerca y lucha con la fantasía cuando ésta se hace realidad visible. (*Se oyen voces de la ZAPATERA: «¡Quiero salir! ¡Ya voy!»*) No tengas tanta impaciencia en salir; no es un traje de larga cola y plumas inverosímiles el que sacas, sino un traje roto, ¿lo oyes?, un traje de zapatera. (*Voz de la ZAPATERA, dentro: «¡Quiero salir!»*) ¡Silencio! (*Se descubre la cortina y aparece el decorado con tenue luz.*) También amanece así todos los días sobre las ciudades, y el público olvida su medio

mundo de sueño para entrar en los mercados como tú en tu casa, en la escena, zapaterilla prodigiosa. *(Va creciendo la luz.)* A empezar, tú llegas de la calle. *(Se oyen las voces que pelean. Al público.)* Buenas noches. *(Se quita el sombrero de copa, y éste se ilumina por dentro con una luz verde; el autor lo inclina y sale de él un chorro de agua. El autor mira un poco cohibido al público y se retira de espaldas, lleno de ironía.)* Ustedes perdonen. *(Sale.)*

ACTO PRIMERO

Casa del Zapatero. Banquillo y herramientas. Habitación completamente blanca. Gran ventana y puerta. El foro es una calle también blanca, con algunas puertecitas y ventanas en gris. A la derecha e izquierda, puertas. Toda la escena tendrá un aire de optimismo y alegría, exaltada en los más pequeños detalles

Una suave luz naranja de media tarde invade la escena. Al levantarse el telón, la ZAPATERA viene de la calle toda furiosa y se detiene en la puerta. Viste un traje verde rabioso y lleva el pelo tirante, adornado con dos grandes rosas. Tiene un aire agreste y dulce al mismo tiempo

ZAPATERA

Cállate, larga de lengua, penacho de catalineta, que si yo lo he hecho..., si yo lo he hecho, ha sido por mi propio gusto... Si no te metes dentro de tu casa te hubiera arrastrado, viborilla empolvada; y esto lo digo para que me oigan todas las que están detrás de las ventanas. Que más vale estar casada con un viejo que con un tuerto, como tú estás. Y no quiero más conversación, ni contigo ni con nadie, ni con nadie, ni con nadie. (*Entra dando un fuerte portazo.*) Ya sabía yo que con esta clase de gente no se podía hablar ni un segundo...; pero la culpa la tengo yo, yo y yo..., que debía estar en mi casa con..., casi no quiero creerlo, con mi marido. Quién me hubiera dicho a mí, rubia con los ojos negros, que hay que ver el mérito que esto tiene, con este talle y estos colores tan hermosísimos, que me iba a ver casada con..., me tiraría del pelo. (*Llora. Llaman a la puerta.*) ¿Quién es? (*No responden y llaman otra vez.*) ¿Quién es? (*Enfurecida.*)

NIÑO

(*Temerosamente*)

Gente de paz.

ZAPATERA

(*Abriendo*)

¿Eres tú? (*Melosa y conmovida.*)

NIÑO

Sí, señora Zapaterita. ¿Estaba usted llorando?

ZAPATERA

No, es que un mosco de esos que hacen piiiini, me ha picado en este ojo.

NIÑO

¿Quiere usted que le sople?

ZAPATERA

No, hijo mío, ya se me ha pasado... (*Le acaricia.*) ¿Y qué es lo que quieres?

NIÑO

Vengo con estos zapatos de charol, costaron cinco duros, para que los arregle su marido. Son de mi hermana la grande, la que tiene el cutis fino y se pone dos lazos, que tiene dos, un día uno y otro día otro, en la cintura.

ZAPATERA

Déjalos ahí, ya los arreglarán.

NIÑO

Dice mi madre que tenga cuidado de no darles muchos martillazos, porque el charol es muy delicado, para que no se estropee el charol.

ZAPATERA

Dile a tu madre que ya sabe mi marido lo que tiene que hacer, y que así supiera ella aliñar con laurel y pimienta un buen guiso como mi marido componer zapatos.

NIÑO

(*Haciendo pucheros*)

No se disguste usted conmigo, que yo no tengo

la culpa y todos los días estudio muy bien la gramática.

ZAPATERA

(*Dulce*)

¡Hijo mío! ¡Prenda mía! ¡Si contigo no es nada!
(*Lo besa.*) Toma este muñequito. ¿Te gusta? Pues llévatelo.

NIÑO

Me lo llevaré, porque como yo sé que usted no tendrá nunca niños...

ZAPATERA

¿Quién te dijo eso?

NIÑO

Mi madre lo ha hablado el otro día, diciendo: «La zapatera no tendrá hijos», y se reían mis hermanas y la comadre Rafaela.

ZAPATERA

(*Nerviosamente*)

¿Hijos? Puede que los tenga más hermosos que todas ellas y con más arranque y más honra, porque tu madre..., es menester que sepas...

NIÑO

Tome usted el muñequito, ¡no lo quiero!

ZAPATERA

(*Reaccionando*)

No, no, guárdalo, hijo mío... ¡Si contigo no es nada!

(*Aparece por la izquierda el ZAPATERO. Viste traje de terciopelo con botones de plata, pantalón corto y corbata roja. Se dirige al banquillo.*)

ZAPATERA

¡Válgate Dios!

NIÑO
(Asustado)

¡Ustedes se conserven bien! ¡Hasta la vista!
¡Que sea enhorabuena! ¡Deo gratias! *(Sale corriendo por la calle.)*

ZAPATERA

Adiós, hijito. Si hubiera reventado antes de nacer, no estaría pasando estos trabajos y estas tribulaciones. ¡Ay dinero, dinero!, sin manos y sin ojos debería haberse quedado el que te inventó.

ZAPATERO
(En el banquillo,

Mujer, ¿qué estás diciendo?

ZAPATERA

¡Lo que a ti no te importa!

ZAPATERO

A mí no me importa nada de nada. Ya sé que tengo que aguantarme.

ZAPATERA

También me aguanto yo..., piensa que tengo dieciocho años.

ZAPATERO

Y yo... cincuenta y tres. Por eso me callo y no me disgusto contigo... ¡Demasiado sé yo!... Trabajo para ti... y sea lo que Dios quiera...

ZAPATERA
(Está de espaldas a su marido y se vuelve y avanza tierna y conmovida)

Eso no, hijo mío..., ¡no digas...!

ZAPATERO

Pero, ¡ay!, si tuviera cuarenta años o cuarenta

y cinco, siquiera... (*Golpea furiosamente un zapato con el martillo.*)

ZAPATERA
(*Enardecida*)

Entonces yo sería tu criada, ¿no es esto? Si una no puede ser buena... ¿Y yo?, ¿es que no valgo nada?

ZAPATERO

Mujer..., repórtate.

ZAPATERA

¿Es que mi frescura y mi cara no valen todos los dineros de este mundo?

ZAPATERO

Mujer..., ¡que te van a oír los vecinos!

ZAPATERA

Maldita hora, maldita horá en que le hice caso a mi compadre Manuel.

ZAPATERO

¿Quieres que te eche un refresquito de limón?

ZAPATERA

¡Ay, tonta, tonta, tonta! (*Se golpea la frente.*)
Con tan buenos pretendientes como yo he tenido

ZAPATERO
(*Queriendo suavizar*)

Eso dice la gente.

ZAPATERA

¿La gente? Por todas partes se sabe. Lo mejor de estas vegas. Pero el que más me gustaba a mí de todos era Emiliano..., tú lo conociste... Emilia-

no, que venía montado en una jaca negra, llena de borlas y espejitos, con una varilla de mimbre en su mano y las espuelas de cobre reluciente. ¡Y qué capa traía por el invierno! ¡Qué vueltas de pana azul y qué agremanes de seda!

ZAPATERO

Así tuve yo una también..., son unas capas preciosísimas.

ZAPATERA

¿Tú? ¡Tú qué ibas a tener!... Pero ¿por qué te haces ilusiones? Un zapatero no se ha puesto en su vida una prenda de esa clase...

ZAPATERO

Pero, mujer, ¿no estás viendo...?

ZAPATERA

(Interrumpiéndole)

También tuve otro pretendiente... *(El ZAPATERO golpea fuertemente el zapato.)* Aquél era medio señorito..., tendría dieciocho años, ¡se dice muy pronto! ¡Dieciocho años!

(El ZAPATERO se revuelve inquieto.)

ZAPATERO

También los tuve yo.

ZAPATERA

Tú no has tenido en tu vida dieciocho años... Aquél sí que los tenía, y me decía unas cosas... Verás...

ZAPATERO

(Golpeando furiosamente)

¿Te quieres callar? Eres mi mujer, quieras o no quieras, y yo soy tu esposo. Estabas pereciendo,

sin camisa ni hogar. ¿Por qué me has querido?
¡Fantasiosa, fantasiosa, fantasiosa!

ZAPATERA

(Levantándose)

¡Cállate! No me hagas hablar más de lo prudente y ponte a tu obligación. ¡Parece mentira! *(Dos VECINAS con mantilla cruzan la ventana sonriendo.)* ¿Quién me lo iba a decir, viejo pellejo, que me ibas a dar tal pago? ¡Pégame, si te parece; anda, tírame el martillo!

ZAPATERO

Ay, mujer..., no me des escándalos, ¡mira que viene la gente! ¡Ay Dios mío!

(Las dos VECINAS vuelven a cruzar.)

ZAPATERA

Yo me he rebajado. ¡Tonta, tonta, tonta! Maldito sea mi compadre Manuel, malditos sean los vecinos, tonta, tonta, tonta. *(Sale golpeándose la cabeza.)*

ZAPATERO

(Mirándose en un espejo y contándose las arrugas)

Una, dos, tres, cuatro... y mil. *(Guarda el espejo.)* Pero me está muy bien empleado, sí, señor. Porque vamos a ver: ¿por qué me habré casado? Yo debía haber comprendido, después de leer tantas novelas, que las mujeres les gustan a todos los hombres, pero todos los hombres no les gustan a todas las mujeres. ¡Con lo bien que yo estaba! ¡Mi hermana, mi hermana tiene la culpa, mi hermana que se empeñó: «Que si te vas a quedar solo», que si qué sé yo! Y esto es mi ruina. ¡Mal rayo parta a mi hermana, que en paz descanse! *(Fuera se oyen voces.)* ¿Qué será?

VECINA ROJA

(En la ventana y con gran brío. La acompañan sus hijo, vestidas del mismo color)

Buenas tardes.

ZAPATERO

(Rascándose la cabeza)

Buenas tardes.

VECINA

Dile a tu mujer que salga. Niñas, ¿queréis no llorar más? ¡Que salga, a ver si por delante de mí casca tanto como por detrás!

ZAPATERO

¡Ay vecina de mi alma, no me dé usted escándalos, por los clavitos de Nuestro Señor! ¿Qué quiere usted que yo le haga? Pero comprenda mi situación: toda la vida temiendo casarme..., porque casarse es una cosa muy seria, y, a última hora, ya lo está usted viendo.

VECINA

¡Qué lástima de hombre! ¡Cuánto mejor le hubiera ido a usted casado con gente de su clase!..., estas niñas, pongo por caso, u otras del pueblo.

ZAPATERO

Y mi casa no es casa. ¡Es un guirigay!

VECINA

¡Se arranca el alma! Tan buenísima sombra como ha tenido usted toda su vida.

ZAPATERO

(Mira por si viene su mujer)

Anteayer... depedazó el jamón que teníamos guardado para estas Pascuas y nos lo comimos entero. Ayer estuvimos todo el día con unas sopas de huevo y perejil; bueno, pues porque protesté de esto, me hizo beber tres vasos seguidos de leche sin hervir.

VECINA

¡Qué fiera!

ZAPATERO

Así es, vecinita de mi corazón, que le agradecería en el alma que se retirase.

VECINA

¡Ay, si viviera su hermana! Aquélla sí que era...

ZAPATERO

Ya ves..., y de camino llévate tus zapatos, que están arreglados.

(Por la puerta de la izquierda asoma la ZAPATERA, que detrás de la cortina espía la escena sin ser vista.)

VECINA

(Mimosa)

¿Cuánto me vas a llevar por ellos?... Los tiempos van cada vez peor...

ZAPATERO

Lo que tú quieras... Ni que tire por allí ni que tire por aquí...

VECINA

(Dando con el codo a sus hijas)

¿Están bien en dos pesetas?

ZAPATERO

¡Tú dirás!

VECINA

Vaya..., te daré una...

ZAPATERA

(Saliendo furiosa)

¡Ladrona! *(Las mujeres chillan y se asustan.)*
¿Tienes valor de robar a este hombre de esa manera? *(A su marido.)* Y tú, ¿dejarte robar? Vengan los zapatos. Mientras no des por ellos diez pesetas, aquí se quedan.

VECINA

¡Lagarta, lagarta!

ZAPATERA

¡Mucho cuidado con lo que estás diciendo!

NIÑAS

¡Ay, vámonos, vámonos, por Dios!

VECINA

Bien despachado vas de mujer, ¡que te aproveche!

(Se van rápidamente. El ZAPATERO cierra la ventana y la puerta.)

ZAPATERO

Escúchame un momento...

ZAPATERA

(Recordando)

Lagarta..., lagarta..., qué, qué, qué... ¿qué me vas a decir?

ZAPATERO

Mira, hija mía. Toda mi vida ha sido en mí una verdadera preocupación evitar el escándalo. *(El ZAPATERO traga constantemente saliva.)*

ZAPATERA

¿Pero tienes el valor de llamarme escandalosa, cuando he salido a defender tu dinero?

ZAPATERO

Yo no te digo más que he huido de los escándalos, como las salamanquesas del agua fría.

ZAPATERA

(Rápido)

¡Salamanquesas! ¡Ay, qué asco!

ZAPATERO

(Armado de paciencia)

Me han provocado, me han, a veces, hasta insultado, y no teniendo ni tanto así de cobarde he quedado sin alma en mi almario, por el miedo de verme rodeado de gentes y llevado y traído por comadres y desocupados. De modo que ya lo sabes. ¿He hablado bien? Ésta es mi última palabra.

ZAPATERA

Pero vamos a ver: ¿a mí qué me importa todo esto? Me casé contigo, ¿no tienes la casa limpia? ¿No comes? ¿No te pones cuellos y puños que en tu vida te los habías puesto? ¿No llevas tu reloj, tan hermoso, con cadena de plata y venturinas, al que le doy cuerda todas las noches? ¿Qué más quieres? Porque, yo, todo menos esclava. Quiero hacer siempre mi santa voluntad.

ZAPATERO

No me digas... Tres meses llevamos de casados, yo, queriéndote..., y tú, poniéndome verde. ¿No ves que ya no estoy para bromas?

ZAPATERA

(Seria y como soñando)

Queriéndome, queriéndome... Pero (Brusca.) ¿qué es eso de queriéndome? ¿Qué es queriéndome?

ZAPATERO

Tú te creerás que yo no tengo vista, y tengo. Sé lo que haces y lo que no haces, y ya estoy colmado, ¡hasta aquí!

ZAPATERA

(Fiera)

Pues lo mismo se me da a mí que estés colmado como que no estés, porque tú me importas tres pitos, ¡ya lo sabes! (Llora.)

ZAPATERO

¿No puedes hablarme un poquito más bajo?

ZAPATERA

Merecías, por tonto, que colmara la calle a gritos.

ZAPATERO

Afortunadamente creo que esto se acabará pronto; porque yo no sé cómo tengo paciencia.

ZAPATERA

Hoy no comemos..., de manera que ya te puedes buscar la comida por otro sitio. *(La ZAPATERA sale rápidamente hecha una furia.)*

ZAPATERO

Mañana *(Sonriendo.)* quizá la tengas que buscar tú también. *(Se va al banquillo.)*

(Por la puerta central aparece el ALCALDE. Viste de azul oscuro, gran capa y larga vara de mando rematada con cabos de plata. Habla despacio y con gran sorna.)

ALCALDE

¿En el trabajo?

ZAPATERO

En el trabajo, señor alcalde.

ALCALDE

¿Mucho dinero?

ZAPATERO

El suficiente.

(El ZAPATERO sigue trabajando. El ALCALDE mira curiosamente a todos lados.)

ALCALDE

Tú no estás bueno.

ZAPATERO

(Sin levantar la cabeza)

No.

ALCALDE

¿La mujer?

ZAPATERO
(Asintiendo)

¡La mujer!

ALCALDE
(Sentándose)

Eso tiene casarse a tu edad... A tu edad se debe estar viudo... de una, como mínimo... Yo estoy de cuatro: Rosa, Manuela, Visitación y Enriqueta Gómez, que ha sido la última; buenas mozas todas, aficionadas a las flores y al agua limpia. Todas, sin excepción, han probado esta vara repetidas veces. En mi casa..., en mi casa, coser y cantar.

ZAPATERO

Pues ya está usted viendo qué vida la mía. Mi mujer... no me quiere. Habla por la ventana con todos. Hasta con don Mirlo, y a mí se me está encendiendo la sangre.

ALCALDE
(Riendo)

Es que es una chiquilla alegre, eso es natural.

ZAPATERO

¡Ca! Estoy convencido..., yo creo que esto lo hace por atormentarme; porque estoy seguro..., ella me odia. Al principio creí que la dominaría con mi carácter dulzón y mis regalillos: collares de coral, cintillos, peinetas de concha..., ¡hasta unas ligas! Pero ella... ¡siempre es ella!

ALCALDE

Y tú, siempre tú; ¡qué demonio! Vamos, lo estoy viendo y me parece mentira cómo un hombre. lo que se dice un hombre, no puede meter en cintura, no una, sino ochenta hembras. Si tu mujer habla por la ventana con todos, si tu mujer se pone agria contigo, es porque tú quieres, porque tú no tienes arranque. A las mujeres, buenos apretones en la cintura, pisadas fuertes y la voz siempre en

alto, y si con esto se atreven a hacer kikirikí, la vara, no hay otro remedio. Rosa, Manuela, Visitación y Enriqueta Gómez, que ha sido la última, te lo pueden decir desde la otra vida, si es que por casualidad están allí.

ZAPATERO

Pero si el caso es que no me atrevo a decirle una cosa. (*Mira con recelo.*)

ALCALDE

(*Autoritario*)

Dímela.

ZAPATERO

Comprendo que es una barbaridad..., pero yo no estoy enamorado de mi mujer.

ALCALDE

¡Demonio!

ZAPATERO

Sí, señor, ¡demonio!

ALCALDE

Entonces, grandísimo tunante, ¿por qué te has casado?

ZAPATERO

Ahí lo tiene usted. Yo no me lo explico tampoco. Mi hermana, mi hermana tiene la culpa. Que si te vas a quedar solo, que si qué sé yo, que si qué sé yo cuántos. Yo tenía dinerillos, salud, y dije: ¡allá voy! Pero, benditísima soledad antigua. ¡Mal rayo parta a mi hermana, que en paz descanse!

ALCALDE

¡Pues te has lucido!

ZAPATERO

Sí, señor, me he lucido... Ahora, que yo no aguanto más. Yo no sabía lo que era una mujer. Digo, ¡usted, cuatro! Yo no tengo edad para resistir este jaleo.

ZAPATERA

¿Por qué?

ZAPATERO

(Galante)

¡Porque se pudo casar con la mujer más preciosa de la tierra!

ZAPATERA

(Derretida)

¿Qué cosas tiene!

ZAPATERO

Y ahora casi me alegro de tenerme que marchar, porque usted sola, yo solo, usted tan guapa y yo con mi lengua en su sitio, me parece que se me escaparía cierta insinuación...

ZAPATERA

(Reaccionando)

Por Dios, ¡quite de ahí! ¿Qué se figura? ¡Yo guardo mi corazón entero para el que está por esos mundos, para quien debo, para mi marido!

ZAPATERO

(Contentísimo y tirando el sombrero al suelo)

¡Eso está pero que muy bien! Así son las mujeres verdaderas, ¡así!

ZAPATERA

(Un poco guasona y sorprendida)

Me parece a mí que está usted un poco... *(Se lleva el dedo a la sien.)*

ZAPATERO

Lo que usted quiera. ¡Pero sepa y entienda que yo no estoy enamorado de nadie más que de mi mujer, mi esposa de legítimo matrimonio!

ZAPATERA

Y yo, de mi marido y de nadie más que de mi marido. Cuántas veces lo he dicho para que lo oyeran hasta los sordos. *(Con las manos cruzadas.)* ¡Ay, qué zapaterillo de mi alma!

ZAPATERO

¿Usted cree?

ALCALDE

¡Qué rosas tan bien puestas lleva usted en el pelo y qué bien huelen!

ZAPATERA

Muchas que tiene usted en los balcones de su casa.

ALCALDE

Efectivamente. ¿Le gustan a usted las flores?

ZAPATERA

¿A mí?... ¡Ay, me encantan! Hasta en el tejado tendría yo macetas, en la puerta, por las paredes. Pero a éste..., a ése... no le gustan. Claro, toda la vida haciendo botas, ¡qué quiere usted! (*Se sienta en la ventana.*) Y buenas tardes. (*Mira a la calle y coquetea.*)

ZAPATERO

¿Lo ve usted?

ALCALDE

Un poco brusca..., pero es una mujer guapísima. ¡Qué cintura tan ideal!

ZAPATERO

No la conoce usted.

ALCALDE

¡Pchs! (*Saliendo majestuosamente.*) ¡Hasta mañana! Y a ver si se despeja esa cabeza. ¡A descansar, niña! ¡Qué lástima de talle! (*Vase mirando a la ZAPATERA.*) ¡Porque, vamos! ¡Y hay que ver qué ondas en el pelo! (*Sale.*)

ZAPATERO

(*Cantando*)

Si tu madre quiere un rey,
la baraja tiene cuatro:

rey de oros, rey de copas,
rey de espadas, rey de bastos.

(La ZAPATERA coge una silla, y, sentada en la ventana, empieza a darle vueltas.)

ZAPATERO

(Cogiendo otra silla y dándole vueltas en sentido contrario)

Si sabes que tengo esa superstición, y para mí esto es como si me dieras un tiro, ¿por qué lo haces?

ZAPATERA

(Soltando la silla)

¿Qué he hecho yo? ¿No te digo que no me dejas ni moverme?

ZAPATERO

Ya estoy harto de explicarte...; pero es inútil. *(Va a hacer mutis, pero la ZAPATERA empieza otra vez y el ZAPATERO viene corriendo desde la puerta y da vueltas a su silla.)* ¿Por qué no me dejas marchar, mujer?

ZAPATERA

¡Jesús!, pero si lo que yo estoy deseando es que te vayas.

ZAPATERO

¡Pues déjame!

ZAPATERA

(Enfurecida)

¡Pues vete!

(Fuera se oye una flauta acompañada de guitarra que toca una polquita antigua con el ritmo cómicamente acusado. La ZAPATERA empieza a llevar el compás con la cabeza, y el ZAPATERO huye por la izquierda.)

ZAPATERA

(Cantando)

Larán, larán... A mí, es que la flauta me ha

gustado siempre mucho... Yo siempre he tenido delirio por ella... Casi se me saltan las lágrimas... ¡Qué primor! Larán, larán... Oye... Me gustaría que él la oyera... *(Se levanta y se pone a bailar como si lo hiciera con novios imaginarios.)* ¡Ay Emiliano! Qué cintillos tan preciosos llevas... No, no... Me da vergüencilla... Pero, José María, ¿no ves que nos están viendo? Coge un pañuelo, que no quiero que me manches el vestido. A ti te quiero, a ti... ¡Ah, sí!..., mañana que traigas la jaca blanca, la que a mí me gusta. *(Ríe. Cesa la música.)* ¡Qué mala sombra! Esto es dejar a una con la miel en los labios... Qué...

(Aparece en la ventana DON MIRLO. Viste de negro, frac y pantalón corto. Le tiembla la voz y mueve la cabeza como un muñeco de alambre.)

MIRLO

¡Chissssss!

ZAPATERA

(Sin mirar y vuelta de espaldas a la ventana)

Pin, pin, pío, pío, pío.

MIRLO

(Acercándose más)

¡Chissss! Zapaterilla blanca, como el corazón de las almendras, pero amargosilla también. Zapaterita..., junco de oro encendido... Zapaterita, bella Otero de mi corazón.

ZAPATERA

Cuánta cosa, don Mirlo; a mí me parecía imposible que los pajarracos hablaran. Pero si anda por ahí revoloteando un mirlo negro, negro y viejo..., sepa que yo no puedo oírle cantar hasta más tarde..., pin, pío, pío, pío.

MIRLO

Cuando las sombras crepusculares invadan con sus tenues velos el mundo y la vía pública se halle

libre de transeúntes, volveré. (*Toma rapé y estornuda sobre el cuello de la ZAPATERA.*)

ZAPATERA

(*Volviéndose airada y pegando a DON MIRLO, que tiembla*)

¡Aaaa! (*Con cara de asco.*) ¡Y aunque no vuelvas, indecente! Mirlo de alambre, garabato de candil... Corre, corre... ¿Se habrá visto? ¡Mira que estornudar! ¡Vaya mucho con Dios! ¡Qué asco!

(*En la ventana se para el MOZO DE LA FAJA. Tiene el sombrero plano echado a la cara y da pruebas de gran pesadumbre.*)

MOZO

¿Se toma el fresco, zapaterita?

ZAPATERA

Exactamente igual que usted.

MOZO

Y siempre sola... ¡Qué lástima!

ZAPATERA

(*Agria*)

¿Y por qué lástima?

MOZO

Una mujer como usted, con ese pelo y esa pechera tan hermosísima...

ZAPATERA

(*Más agria*)

Pero ¿por qué lástima?

MOZO

Porque usted es digna de estar pintada en las tarjetas postales y no aquí..., en este portallito.

ZAPATERA

¿Sí?... A mí las tarjetas postales me gustan

mucho, sobre todo las de novios que se van de viaje...

MOZO

¡Ay zapaterita, qué calentura tengo! (*Siguen hablando.*)

ZAPATERO

(*Entrando y retrocediendo*)

¡Con todo el mundo y a estas horas! ¡Qué dirán los que vengan al rosario de la iglesia! ¡Qué dirán en el casino! ¡Me estarán poniendo!... En cada casa un traje con ropa interior y todo. (*La ZAPATERA se ríe.*) ¡Ay Dios mío! ¡Tengo razón para marcharme! Quisiera oír a la mujer del sacristán; pues ¿y los curas? ¿Qué dirán los curas? Eso será lo que habrá que oír. (*Entra desesperado.*)

MOZO

¿Cómo quiere que se lo exprese?... Yo la quiero, te quiero como...

ZAPATERA

Verdaderamente eso de «la quiero», «tè quiero», suena de un modo que parece que me están haciendo cosquillas con una pluma detrás de las orejas. Te quiero, la quiero...

MOZO

¿Cuántas semillas tiene el girasol?

ZAPATERA

¡Yo qué sé!

MOZO

Tantos suspiros doy a cada minuto por usted, por ti... (*Muy cerca.*)

ZAPATERA

(*Brusca*)

Estate quieto. Yo puedo oírte hablar porque me gusta y es bonito, pero nada más. ¿lo oyes? ¡Estaría bueno!

MOZO

Pero eso no puede ser. ¿Es que tienes otro compromiso?

ZAPATERA

Mira, vete.

MOZO

No me muevo de este sitio sin el sí. ¡Ay mi zapaterita, dame tu palabra! (*Va a abrazarla.*)

ZAPATERA

(*Cerrando violentamente la ventana*)

¡Pero qué impertinente, qué loco!... ¡Si te he hecho daño te aguantas!... Como si yo no estuviese aquí más que paraaa, paraaa... ¿Es que en este pueblo no puede una hablar con nadie? Por lo que veo, en este pueblo no hay más que dos extremos: o monja o trapo de fregar... ¡Era lo que me quedaba de ver! (*Haciendo como que huele y echando a correr.*) ¡Ay, mi comida que está en la lumbre! ¡Mujer ruin!

(*La luz se va marchando. El ZAPATERO sale con una gran capa y un bulto de ropa en la mano.*)

ZAPATERO

¡O soy otro hombre o no me conozco! ¡Ay casita mía! ¡Ay banquillo mío! Cerote, clavos, pieles de becerro... Bueno. (*Se dirige hacia la puerta y retrocede, pues se topa con dos BEATAS en el mismo quicio.*)

BEATA 1.ª

Descansando, ¿verdad?

BEATA 2.ª

¡Hace usted bien en descansar!

ZAPATERO

(*De mal humor*)

¡Buenas noches!

BEATA 1.ª

A descansar, maestro.

BEATA 2.ª

¡A descansar, a descansar! (*Se van.*)

ZAPATERO

Sí, descansando... ¡Pues no estaban mirando por el ojo de la llave! ¡Brujas, sayonas! ¡Cuidado con el retintín con que me lo han dicho! Claro..., si en todo el pueblo no se hablará de otra cosa: ¡que si yo, que si ella, que si los mozos! ¡Ay! ¡Mal rayo parta a mi hermana, que en paz descanse! ¡Pero primero solo que señalado por el dedo de los demás! (*Sale rápidamente y deja la puerta abierta.*)

(*Por la izquierda aparece la ZAPATERA.*)

ZAPATERA

Ya está la comida..., ¿me estás oyendo? (*Avanza hacia la puerta de la derecha.*) ¿Me estás oyendo? Pero ¿habrá tenido el valor de marcharse al cafetín, dejando la puerta abierta... y sin haber terminado los borceguíes? Pues cuando vuelva ¡me oirá! ¡Me tiene que oír! ¡Qué hombres son los hombres, qué abusivos y qué..., qué..., vaya! (*En un repeluzno.*) ¡Ay, qué fresquito hace! (*Se pone a encender el candil y de la calle llega el ruido de las esquilas de los rebaños que vuelven. La ZAPATERITA se asoma a la ventana.*) ¡Qué primor de rebaños! Lo que es a mí, me chalan las ovejitas. Mira, mira... aquella blanca tan chiquita que casi no puede andar. ¡Ay!... Pero aquella grandota y antipática se empeña en pisarla y nada... (*A voces.*) Pastor, ¡asombrado! ¿No estás viendo que te pisotean la oveja recién nacida? (*Pausa.*) Pues claro que me importa... ¿No ha de importarme? ¡Brutísimo!... Y mucho... (*Se quita de la ventana.*) Pero, señor, ¿adónde habrá ido este hombre desnortado? Pues si tarda siquiera dos minutos más, como yo sola, que me basto y me sobro... ¡Con la comida tan buena que he preparado!... Mi cocido, con sus patatas de la sierra, dos pimientos verdes, pan blanco, un poquito magro de tocino, y

arrobe con calabaza y cáscara de limón para encima, ¡porque lo que es cuidarlo, lo que es cuidarlo, lo estoy cuidando a mano!

(Durante todo este monólogo da muestras de gran actividad, moviéndose de un lado para otro, arreglando las sillas, despabilando el velón y quitándose motas del vestido.)

NIÑO

(En la puerta)

¿Estás disgustada todavía?

ZAPATERA

Primorcito de su vecino, ¿dónde vas?

NIÑO

(En la puerta)

Tú no me regañarás, ¿verdad?, porque a mi madre, que algunas veces me pega, la quiero veinte arrobas, pero a ti te quiero treinta y dos y media...

ZAPATERA

¿Por qué eres tan precioso? *(Sienta al NIÑO en sus rodillas.)*

NIÑO

Yo venía a decirte una cosa que nadie quiere decirte. Ve tú, ve tú, ve tú, y nadie quería, y entonces: «Que vaya el niño», dijeron..., porque era un notición que nadie quiere dar.

ZAPATERA

Pero dímelo pronto, ¿qué ha pasado?

NIÑO

No te asustes, que de muertos no es.

ZAPATERA

¡Anda!

NIÑO

Mira, zapaterita... *(Por la ventana entra una mariposa, y el NIÑO, bajándose de las rodillas de la*

ZAPATERA, *echa a correr.*) Una mariposa, una mariposa... ¿No tienes un sombrero?... Es amarilla, con pintas azules y rojas... y, ¡qué sé yo!...

ZAPATERA

Pero, hijo mío..., ¿quieres...?

NIÑO

(Enérgico)

Cállate y habla en voz baja, ¿no ves que se espanta si no? ¡Ay! ¡Dame tu pañuelo!

ZAPATERA

(Intrigada ya en la caza)

Tómalo.

NIÑO

¡Chist!... No pises fuerte.

ZAPATERA

Lograrás que se escape.

NIÑO

(En voz baja y como encantando a la mariposa, canta)

Mariposa del aire,

qué hermosa eres,

mariposa del aire

dorada y verde.

Luz del candil,

mariposa del aire,

¡quédate ahí, ahí, ahí!...

No te quieres parar,

pararte no quieres.

Mariposa del aire,

dorada y verde.

Luz de candil,

mariposa del aire,

¡quédate ahí, ahí, ahí!...

¡Quédate ahí!

Mariposa, ¿estás ahí?

ZAPATERA

(En broma)

Sííí.

NIÑO

No, eso no vale.

(La mariposa vuela.)

ZAPATERA

¡Ahora! ¡Ahora!

NIÑO

(Corriendo alegremente con el pañuelo)

¿No te quieres parar? ¿No quieres dejar de volar?

ZAPATERA

(Corriendo también por otro lado)

¡Que se escapa, que se escapa!

(El NIÑO sale corriendo por la puerta persiguiendo a la mariposa.)

ZAPATERA

(Enérgica)

¿Dónde vas?

NIÑO

(Suspenso)

¡Es verdad! (Rápido.) ¡Pero yo no tengo la culpa!

ZAPATERA

¡Vamos! ¿Quieres decirme lo que pasa? ¡Pronto!

NIÑO

¡Ay! Pues mira..., tu marido, el zapatero, se ha ido para no volver más.

ZAPATERA

(Aterrada)

¿Cómo?

NIÑO

Sí, sí, eso ha dicho en mi casa antes de montarse en la diligencia, que lo he visto yo..., y nos encargó que te lo dijéramos y ya lo sabe todo el pueblo...

ZAPATERA

(Sentándose desplomada)

¡No es posible, esto no es posible! ¡Yo no lo creo!

NIÑO

¡Sí que es verdad, no me regañes!

ZAPATERA

(Levantándose hecha una furia y dando fuertes pisotadas en el suelo)

¿Y me da este pago? ¿Y me da este pago?

(El NIÑO se refugia detrás de la mesa.)

NIÑO

¡Que se te caen las horquillas!

ZAPATERA

¿Qué va a ser de mí sola en esta vida? ¡Ay, ay, ay! *(El NIÑO sale corriendo. La ventana y las puertas están llenas de vecinos., Sí, sí, venid a verme cascantes, comadricas, por vuestra culpa ha sido.*

ALCALDE

Mira, ya te estás callando. Si tu marido te ha dejado ha sido porque no lo querías, porque no podía ser.

ZAPATERA

¿Pero lo van a saber ustedes mejor que yo? Sí, lo quería, vaya si lo quería, que pretendientes buenos y muy riquísimos he tenido y no les he dado el sí jamás. ¡Ay pobrecito mío, qué cosas te habrán contado!

SACRISTANA

(Entrando)

Mujer, repórtate.

ZAPATERA

No me resigno. No me resigno. ¡Ay, ay!

(Por la puerta empiezan a entrar VECINAS vestidas con colores violentos y que llevan grandes vasos de refrescos. Giran, corren, entran y salen alrededor de la ZAPATERA,

que está sentada gritando, con la prontitud y ritmo de baile. Las grandes faldas se abren a las vueltas que dan. Todos adoptan una actitud cómica de pena.)

VECINA AMARILLA

Un refresco.

VECINA ROJA

Un refresquito.

VECINA VERDE

Para la sangre.

VECINA NEGRA

De limón.

VECINA MORADA

De zarzaparrilla.

VECINA ROJA

La menta es mejor.

VECINA MORADA

Vecina.

VECINA VERDE

Vecinita.

VECINA NEGRA

Zapatera.

VECINA VERDE

Zapaterita.

(Las VECINAS arman gran algazara. La ZAPATERA llora a gritos.)

Telón

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. A la izquierda, el banquillo arrumbado. A la derecha, un mostrador con botellas y un lebrillo con agua, donde la ZAPATERA friega las copas. La ZAPATERA está detrás del mostrador. Viste un traje rojo encendido, con amplias faldas, y los brazos al aire. En la escena, dos mesas. En una de ellas está sentado DON MIRLO, que toma un refresco, y en la otra el MOZO DEL SOMBRERO en la cara

La ZAPATERA friega con gran ardor vasos y copas, que va colocando en el mostrador. Aparece en la puerta el MOZO DE LA FAJA y el sombrero plano del primer acto. Está triste. Lleva los brazos caídos y mira de manera tierna a la ZAPATERA. Al actor que exagere lo más mínimo en este tipo, debe el director de escena darle un bastonazo en la cabeza. Nadie debe exagerar. La farsa exige siempre naturalidad. El autor ya se ha encargado de dibujar el tipo, y el sastre, de vestirlo. Sencillez. El MOZO se detiene en la puerta. DON MIRLO y el otro MOZO vuelven la cabeza y lo miran. Ésta es casi una escena de cine. Las miradas y expresión del conjunto dan su expresión. La ZAPATERA deja de fregar y mira al MOZO fijamente. Silencio

ZAPATERA

Pase usted.

MOZO DE LA FAJA

Si usted lo quiere...

ZAPATERA

(Asombrada)

¿Yo? Me trae absolutamente sin cuidado, pero como lo veo en la puerta...

MOZO DE LA FAJA

Lo que usted quiera. (Se apoya en el mostrador. Entre dientes.) Éste es otro al que voy a tener que...

ZAPATERA

¿Qué va a tomar?

MOZO DE LA FAJA

Seguiré sus indicaciones.

ZAPATERA

Pues la puerta.

MOZO DE LA FAJA

¡Ay Dios mío, cómo cambian los tiempos!

ZAPATERA

No crea que me voy a echar a llorar. Vamos. Va usted a tomar copa, café, refresco, ¿diga?

MOZO DE LA FAJA

Refresco.

ZAPATERA

No me mire tanto, que se me va a derramar el jarabe.

MOZO DE LA FAJA

Es que yo me estoy muriendo, ¡ay!

(Por la ventana pasan dos MAJAS con inmensos abanicos. Miran, se santiguan escandalizadas, se tapan los ojos con los pericones y, a pasos menuditos, cruzan.)

ZAPATERA

El refresco.

MOZO DE LA FAJA

(Mirándola)

¡Ay!

MOZO DEL SOMBRERO

(Mirando al suelo)

¡Ay!

MIRLO

(Mirando al techo)

¡Ay!

(La ZAPATERA dirige la cabeza hacia los tres ayes.)

ZAPATERA

¡Requeteay! Pero esto ¿es una taberna o un hospital? ¡Abusivos! Si no fuera porque tengo que ganarme la vida con estos vinillos y este trapicheo, porque estoy sola desde que se fue por culpa de todos vosotros mi pobrecito marido de

mi alma, ¿cómo es posible que yo aguantara esto?
¿Qué me dicen ustedes? Los voy a tener que plan-
tar en lo ancho de la calle.

MIRLO

Muy bien, muy bien dicho.

MOZO DEL SOMBRERO

Has puesto taberna y podemos estar aquí den-
tro todo el tiempo que queramos.

ZAPATERA

(Fiera)

¿Cómo? ¿Cómo?

*(El MOZO DE LA FAJA inicia el mutis y DON
MIRLO se levanta sonriente y haciendo como
que está en el secreto y que volverá.)*

MOZO DEL SOMBRERO

Lo que he dicho.

ZAPATERA

Pues si dices tú, más digo yo, y puedes ente-
rarte, y todos los del pueblo, que hace cuatro meses
que se fue mi marido y no cederé a nadie jamás,
porque una mujer casada debe estarse en su sitio
como Dios manda. Y que no me asusto de nadie,
¿lo oyes?, que yo tengo la sangre de mi abuelo,
que esté en gloria, que fue desbravador de caballos
y lo que se dice un hombre. Decente fui y decente
lo seré. Me comprometí con mi marido. Pues hasta
la muerte.

*(DON MIRLO sale por la puerta rápidamente
y haciendo señas que indican una relación
entre él y la ZAPATERA.)*

MOZO DEL SOMBRERO

(Levantándose)

Tengo tanto coraje que agarraría a un toro de
los cuernos, le haría hincar la cerviz en las arenas
y después me comería sus sesos crudos con estos
dientes míos, en la seguridad de no hartarme de
morder. *(Sale rápidamente y DON MIRLO huye
hacia la izquierda.)*

ZAPATERA

(Con las manos en la cabeza)

Jesús, Jesús, Jesús y Jesús. *(Se sienta.)*

(Por la puerta entra el NIÑO, se dirige a la ZAPATERA y le tapa los ojos.)

NIÑO

¿Quién soy yo?

ZAPATERA

Mi niño, pastorcillo de Belén.

NIÑO

Ya estoy aquí. *(Se besan.)*

ZAPATERA

¿Vienes por la meriendita?

NIÑO

Si tú me la quieres dar...

ZAPATERA

Hoy tengo una onza de chocolate.

NIÑO

¿Sí? A mí me gusta mucho estar en tu casa.

ZAPATERA

(Dándole la onza)

¿Por qué eres interesadillo?

NIÑO

¿Interesadillo? ¿Ves este cardenal que tengo en la rodilla?

ZAPATERA

¿A ver? *(Se sienta en una silla baja y toma al NIÑO en brazos.)*

NIÑO

Pues me lo ha hecho el Cunillo porque estaba cantando... las coplas que te han sacado y yo le pegué en la cara, y entonces él me tiró una piedra que, ¡plaff!, mira.

ZAPATERA

¿Te duele mucho?

NIÑO

Ahora no, pero he llorado.

ZAPATERA

No hagas caso ninguno de lo que dicen.

NIÑO

Es que eran cosas muy indecentes. Cosas indecentes que yo sé decir, ¿sabes?, pero que no quiero decir.

ZAPATERA

(Riéndose)

Porque si lo dices cojo un pimiento picante y te pongo la lengua como un ascua. *(Rien.)*

NIÑO

Pero ¿por qué te echarán a ti la culpa de que tu marido se haya marchado?

ZAPATERA

Ellos, ellos son los que la tienen y los que me hacen desgraciada.

NIÑO

(Triste)

No digas, Zapaterita.

ZAPATERA

Yo me miraba en sus ojos. Cuando le veía venir montado en su jaca blanca...

NIÑO

(Interrumpiéndole)

¡Ja, ja, ja! Me estás engañando. El señor Zapatero no tenía jaca.

ZAPATERA

Niño, sé más respetuoso. Tenía jaca, claro que la tuvo, pero es..., es que tú no habías nacido.

NIÑO

(Pasándole la mano por la cara)

¡Ah! ¡Eso sería!

ZAPATERA

Ya ves tú..., cuando lo conocí estaba yo lavando en el arroyo del pueblo. Medio metro de agua y las chinas del fondo se veían reír, reír con el temblorcillo. Él venía con un traje negro entallado, corbata roja de seda buenísima y cuatro anillos de oro que relumbraban como cuatro soles.

NIÑO

¡Qué bonito!

ZAPATERA

Me miró y lo miré. Yo me recosté en la hierba. Todavía me parece sentir en la cara aquel aire tan fresquito que venía por los árboles. Él paró su caballo y la cola del caballo era blanca y tan larga que llegaba al agua del arroyo. (*La ZAPATERA está casi llorando. Empieza a oírse un canto lejano.*) Me puse tan azorada, que se me fueron dos pañuelos preciosos, así de pequeñitos, en la corriente.

NIÑO

¡Qué risa!

ZAPATERA

Él, entonces me dijo... (*El canto se oye más cerca. Pausa*) ¡Chiss!...

NIÑO

(*Se levanta*)

¡Las coplas!

ZAPATERA

¡Las coplas! (*Pausa. Los dos escuchan.*) ¿Tú sabes lo que dicen?

NIÑO

(*Con la mano*)

Medio, medio.

ZAPATERA

Pues cántalas, que quiero enterarme.

NIÑO

¿Para qué?

ZAPATERA

Para que yo sepa de una vez lo que dicen.

NIÑO

(Cantando y siguiendo el compás)

Verás:

La señora Zapatera,
al marcharse su marido,
ha montado una taberna
donde acude el señorío.

ZAPATERA

¡Me la pagarán!

NIÑO

(El NIÑO lleva el compás con la mano en la mesa)

¿Quién te compra, Zapatera,
el paño de tus vestidos
y esas chambras de batista
con encaje de bolillos?
Ya la corteja el Alcalde,
ya la corteja Don Mirlo.
¡Zapatera, Zapatera,
Zapatera, te has lucido!

(Las voces se van distinguiendo cerca y claras con su acompañamiento de panderos. La ZAPATERA coge un mantoncillo de Manila y se lo echa sobre los hombros.)

¿Dónde vas? *(Asustado.)*

ZAPATERA

¡Van a dar lugar a que compre un revólver!

(El canto se aleja. La ZAPATERA corre a la puerta. Pero tropieza con el ALCALDE, que viene majestuoso, dando golpes con la vara en el suelo.)

ALCALDE

¿Quién despacha?

ZAPATERA

¡El demonio!

ALCALDE

Pero ¿qué ocurre?

ZAPATERA

Lo que usted debía saber hace muchos días, lo que usted como alcalde no debía permitir. La gente

me canta coplas, los vecinos se ríen en sus puertas, y como no tengo marido que vele por mí, salgo yo a defenderme, ya que en este pueblo las autoridades son calabacines, ceros a la izquierda, estafemos.

NIÑO

Muy bien dicho.

ALCALDE

(Enérgico)

Niño, niño, basta de voces... ¿Sabes tú lo que he hecho ahora? Pues meter en la cárcel a dos o tres de los que venían cantando.

ZAPATERA

¡Quisiera yo ver eso!

VOZ

(Fuera)

¡Niñoóóó!

NIÑO

¡Mi madre me llama! *(Corre a la ventana.)*
¿Quééé? Adiós. Si quieres te puedo traer el espadón grande de mi abuelo, el que se fue a la guerra. Yo no puedo con él, ¿sabes?; pero tú, sí.

ZAPATERA

(Sonriendo)

¡Lo que quieras!

VOZ

(Fuera)

¡Niñoóóó!

NIÑO

(En la calle)

¿Quéééé?

ALCALDE

Por lo que veo, este niño sabio y retorcido es la única persona a quien tratas bien en el pueblo.

ZAPATERA

No pueden ustedes hablar una sola palabra sin ofender... ¿De qué se ríe su ilustrísima?

ALCALDE

¡De verte tan hermosa y desperdiciada!

ZAPATERA

¡Antes un perro! (*Le sirve un vaso de vino.*)

ALCALDE

¡Qué desengaño de mundo! Muchas mujeres he conocido como amapolas, como rosas de olor..., mujeres morenas con los ojos como tinta de fuego, mujeres que les huele el pelo a nardos y siempre tienen las manos con calentura, mujeres cuyo talle se puede abarcar con estos dos dedos, pero como tú, como tú no hay nadie. Anteayer estuve enfermo toda la mañana porque vi tendidas en el prado dos camisas tuyas con lazos celestes, que era como verte a ti, zapatera de mi alma.

ZAPATERA

(*Estallando furiosa*)

Calle usted, viejísimo, calle usted; con hijas mozueltas y lleno de familia no se debe cortejar de esta manera tan indecente y tan descarada.

ALCALDE

Soy viudo.

ZAPATERA

Y yo casada.

ALCALDE

Pero tu marido te ha dejado y no volverá, estoy seguro.

ZAPATERA

Yo viviré como si lo tuviera.

ALCALDE

Pues a mí me consta, porque me lo dijo, que no te quería ni tanto así.

ZAPATERA

Pues a mí me consta que sus cuatro señoras, mal rayo las parta, le aborrecían a muerte.

ALCALDE

(Dando en el suelo con la vara)

¡Ya estamos!

ZAPATERA

(Tirando un vaso)

¡Ya estamos!

(Pausa.)

ALCALDE

(Entre dientes)

Si yo te cogiera por mi cuenta, ¡vaya si te dominaba!

ZAPATERA

(Guasona)

¿Qué está usted diciendo?

ALCALDE

Nada, pensaba... de que si tú fueras como debías ser, te hubieras enterado que tengo voluntad y valentía para hacer escritura, delante del notario, de una casa muy hermosa.

ZAPATERA

¿Y qué?

ALCALDE

Con un estrado que costó cinco mil reales, con centros de mesa, con cortinas de brocatel, con espejos de cuerpo entero...

ZAPATERA

¿Y qué más?

ALCALDE

(Tenoriesco)

Que la casa tiene una cama con coronación de pájaros y azucenas de cobre, un jardín con seis palmeras y una fuente saltadora, pero aguarda, para estar alegre, que una persona que sé yo se quiera aposentar en sus salas, donde estaría... *(Dirigiéndose a la ZAPATERA.)* mira, ¡estarías como una reina!

ZAPATERA

(Guasona)

Yo no estoy acostumbrada a esos lujos. Siéntese usted en el estrado, métase usted en la cama, mire-

se usted en los espejos y póngase con la boca abierta debajo de las palmeras esperando que le caigan los dátiles, que yo de zapatera no me muevo.

ALCALDE

Ni yo de alcalde. Pero que te vayas enterando que no por mucho despreciar amanece más temprano. *(Con retintín.)*

ZAPATERA

Y que no me gusta usted ni me gusta nadie del pueblo. ¡Que está usted muy viejo!

ALCALDE

(Indignado)

Acabará metiéndote en la cárcel.

ZAPATERA

¡Atrévase usted!

(Fuera se oye un toque de trompeta floreado y comiquísimo.)

ALCALDE

¿Qué será eso?

ZAPATERA

(Alegre y ojiabierta)

¡Títeres! *(Se golpea las rodillas.)*

(Por la ventana cruzan dos MUJERES.)

VECINA ROJA

¡Títeres!

VECINA MORADA

¡Títeres!

NIÑO

(En la ventana)

¿Traerán monos? ¡Vamos!

ZAPATERA

(Al ALCALDE)

¡Yo voy a cerrar la puerta!

NIÑO

¡Vienen a tu casa!

ZAPATERA

¿Sí? (*Se acerca a la puerta.*)

NIÑO

¡Míralos!

(*Por la puerta aparece el ZAPATERO disfrazado. Trae una trompeta y un cartelón enrollado a la espalda; lo rodea la gente. La ZAPATERA queda en actitud expectante y el NIÑO salta por la ventana y se coge a sus faldones.*)

ZAPATERO

Buenas tardes.

ZAPATERA

Buenas tardes tenga usted, señor titiritero.

ZAPATERO

¿Aquí se puede descansar?

ZAPATERA

Y beber, si usted gusta.

ALCALDE

Pase usted, buen hombre, y tome lo que quiera, que yo pago. (*A los VECINOS.*) Y vosotros, ¿qué hacéis ahí?

VECINA ROJA

Como estamos en lo ancho de la calle, no creo que le estorbemos.

(*El ZAPATERO, mirándolo todo con disimulo, deja el rollo sobre la mesa.*)

ZAPATERO

Déjelos, señor Alcalde..., supongo que es usted, que con ellos me gano la vida.

NIÑO

¿Dónde he oído yo hablar a este hombre? (*En toda la escena el NIÑO mirará con gran extrañeza al ZAPATERO.*) ¡Haz ya los títeres!

(*Los VECINOS rien.*)

ZAPATERO

En cuanto tome un vaso de vino.

ZAPATERA

(Alegre)

¿Pero los va usted a hacer en mi casa?

ZAPATERO

Si tú me lo permites.

VECINA ROJA

Entonces, ¿podemos pasar?

ZAPATERA

(Seria)

Podéis pasar. *(Da un vaso al ZAPATERO.)*

VECINA ROJA

(Sentándose)

Disfrutaremos un poquito.

(El ALCALDE se sienta.)

ALCALDE

¿Viene usted de muy lejos?

ZAPATERO

De muy lejísimo.

ALCALDE

¿De Sevilla?

ZAPATERO

Échele usted leguas.

ALCALDE

¿De Francia?

ZAPATERO

Échele usted leguas.

ALCALDE

¿De Inglaterra?

ZAPATERO

De las Islas Filipinas.

*(Las VECINAS hacen rumores de admiración.
La ZAPATERA está extasiada.)*

ALCALDE

¿Habr  usted visto a los insurrectos?

ZAPATERO

Lo mismo que les estoy viendo a ustedes ahora.

NIÑO

¿Y cómo son?

ZAPATERO

Intratables. Fig rense ustedes que casi todos ellos son zapateros.

(Los VECINOS miran a la ZAPATERA.)

ZAPATERA

(Quemada)

¿Y no los hay de otros oficios?

ZAPATERO

Absolutamente. En las Islas Filipinas, zapateros.

ZAPATERA

Pues puede que en las Filipinas esos zapateros sean tontos, que aquí en estas tierras los hay listos y muy listos.

VECINA ROJA

(Adulona)

Muy bien hablado.

ZAPATERA

(Brusca)

Nadie le ha preguntado su parecer.

VECINA ROJA

¡Hija mía!

ZAPATERO

(Enérgico, interrumpiendo)

¡Qué rico vino! (Más fuerte.) ¡Qué requeterrico vino! (Silencio.) Vino de uvas negras como el alma de algunas mujeres que yo conozco.

ZAPATERA

¡De las que la tengan!

ALCALDE

¡Chist! ¿Y en qué consiste el trabajo de usted?

ZAPATERO

(Apura el vaso, chasca la lengua y mira a la ZAPATERA)

¡Ah! Es un trabajo de poca apariencia y de mucha ciencia. Enseño la vida por dentro. Aleluyas con los hechos del zapatero mansurrón y la Fierabrás de Alejandría, vida de don Diego Corrientes, aventuras del guapo Francisco Esteban y, sobre todo, arte de colocar el bocado a las mujeres parlanchinas y respondonas.

ZAPATERA

¡Todas esas cosas las sabía mi pobrecito marido!

ZAPATERO

¡Dios lo haya perdonado!

ZAPATERA

Oiga usted...

(Las VECINAS ríen.)

NIÑO

¡Cállate!

ALCALDE

(Autoritario)

¡A callar! Enseñanzas son esas que convienen a todas las criaturas. Cuando usted guste.

(El ZAPATERO desenrolla el cartelón, en el que hay pintada una historia de ciego, dividida en pequeños cuadros, pintados con almazarrón y colores violentos. Los VECINOS inician un movimiento de aproximación y la ZAPATERA sienta al NIÑO sobre sus rodillas.)

ZAPATERO

Atención.

NIÑO

¡Ay, qué precioso! *(Abraza a la ZAPATERA.)*

ZAPATERA

Que te fijes bien por si acaso no me entero del todo.

NIÑO

Más difícil que la historia sagrada no será.

ZAPATERO

Respetable público: Oigan ustedes el romance verdadero y sustancioso de la mujer rubicunda y el hombrecito de la paciencia, para que sirva de escarmiento y ejemplaridad a todas las gentes de este mundo. (*En tono lúgubre.*) Agudizad vuestros oídos y entendimiento.

(*Los VECINOS alargan la cabeza y algunas MUJERES se agarran de las manos.*)

NIÑO

¿No se parece el titiritero, hablando, a tu marido?

ZAPATERA

Él tenía la voz más dulce.

ZAPATERO

¿Estamos?

ZAPATERA

Me sube así un repeluzno.

NIÑO

¡Y a mí también!

ZAPATERO

(*Señalando con la varilla*)

En un cortijo de Córdoba,
entre jarales y adelfas,
vivía un talabartero
con una talabartera.

Ella era mujer arisca, (*Expectación.*)
él hombre de gran paciencia,
ella giraba en los veinte
y él pasaba de cincuenta.

¡Santo Dios, cómo reñían!
Miren ustedes la fiera,
burlando al débil marido
con los ojos y la lengua.

(*Está pintada en el cartel una mujer que mira de manera infantil y cansina.*)

ZAPATERA

¡Qué mala mujer!

(Murmullos.)

ZAPATERO

Cabellos de emperadora
tiene la talabartera,
y una carne como el agua
cristalina de Lucena.

Cuando movía las faldas
en tiempos de Primavera
olía toda su ropa
a limón y a yerbabuena.

¡Ay, qué limón, limón
de la limonera!

¡Qué apetitosa
talabartera!

(Los VECINOS ríen.)

Ved cómo la cortejaban
mocitos de gran presencia
en caballos relucientes
llenos de borlas de seda.
Gente cabal y garbosa
que pasaba por la puerta
haciendo brillar, adrede,
las onzas de sus cadenas.
La conversación a todos
daba la talabartera,
y ellos caracoleaban
sus jacas sobre las piedras.
Miradla hablando con uno
bien peinada y bien compuesta,
mientras el pobre marido
clava en el cuero la lezna.

(Muy dramático y cruzando las manos.)

Esposo viejo y decente,
casado con joven tierna,
¡qué tunante caballista
roba tu amor en la puerta!

(La ZAPATERA, que ha estado dando suspiros, rompe a llorar.)

ZAPATERO

(Volviéndose)

¿Qué pasa?

ALCALDE

¡Pero, niña!. (Da con la vara.)

VECINA ROJA

¡Siempre llora quien tiene por qué callar!

VECINA MORADA

¡Siga usted!

(Los VECINOS murmuran y sisean.)

ZAPATERA

Es que me da mucha lástima y no puedo contenerme, ¿lo ve usted?, no puedo contenerme. (Llora queriéndose contener, hipando de manera comiquísima.)

ALCALDE

¡Chitón!

NIÑO

¿Lo ves?

ZAPATERO

¡Hagan el favor de no interrumpirme! ¡Cómo se conoce que no tienen que decirlo de memoria!

NIÑO

(Suspirando)

¡Es verdad!

ZAPATERO

(Malhumorado)

Un lunes por la mañana
a eso de las once y media,
cuando el sol deja sin sombra
los juncos y madresevas,
cuando alegremente bailan
brisa y tomillo en la sierra
y van cayendo las verdes
hojas de las madroñeras,
regaba sus alhelfes
la arisca talabartera.
Llegó su amigo trotando
una jaca cordobesa
y le dijo entre suspiros:
Niña, si tú lo quisieras,
cenaríamos mañana
los dos solos, en tu mesa.

¿Y qué harás con mi marido?

Tu marido no se entera.

¿Qué piensas hacer? Matarlo.

Es ágil. Quizá no puedas.

¿Tienes revólver? ¡Mejor!,

¡tengo navaja barbera!

¿Corta mucho? Más que el frío.

(La ZAPATERA se tapa los ojos y aprieta al NIÑO. Todos los VECINOS tienen una expectación máxima que se notará en sus expresiones.)

Y no tiene ni una mella.

¿No has mentido? Le daré

diez puñaladas certeras

en esta disposición,

que me parece estupenda:

cuatro en la región lumbar,

una en la tetilla izquierda,

otra en semejante sitio

y dos en cada cadera.

¿Lo matarás en seguida?

Esta noche cuando vuelva

con el cuero y con las crines

por la curva de la acequia.

(En este último verso, y con toda rapidez, se oye fuera del escenario un grito angustiado y fortísimo; los VECINOS se levantan. Otro grito más cerca. Al Zapatero se le cae de las manos el telón y la varilla. Tiemblan todos cómicamente.)

VECINA NEGRA

(En la ventana)

¡Ya han sacado las navajas!

ZAPATERA

¡Ay, Dios mío!

VECINA ROJA

¡Virgen Santísima!

ZAPATERO

¡Qué escándalo!

VECINA NEGRA

¡Se están matando! ¡Se están cosiendo a puñaladas por culpa de esa mujer. (Señala a la ZAPATERA.)

ALCALDE

(Nervioso)

¡Vamos a ver!

NIÑO

¡Que me da mucho miedo!

VECINA VERDE

¡Acudir, acudir! (Van saliendo.)

VOZ

(Fuera)

¡Por esa mala mujer!

ZAPATERO

Yo no puedo tolerar esto; ¡no lo puedo tolerar!
(Con las manos en la cabeza corre la escena.)

(Van saliendo rapidísimamente todos entre ayes y miradas de odio a la ZAPATERA. Esta cierra rápidamente la ventana y la puerta.)

ZAPATERA

¿Ha visto usted qué infamia? Yo le juro, por la preciosísima sangre de nuestro padre Jesús, que soy inocente. ¡Ay! ¿Qué habrá pasado?... Mire, mire usted cómo tiemblo. (Le enseña las manos.) Parece que las manos se quieren escapar ellas solas.

ZAPATERO

Calma, muchacha. ¿Es que su marido está en la calle?

ZAPATERA

(Rompiendo a llorar)

¿Mi marido? ¡Ay señor mío!

ZAPATERO

¿Qué le pasa?

ZAPATERA

Mi marido me dejó por culpa de las gentes y ahora me encuentro sola, sin calor de nadie.

ZAPATERO

¡Pobrecilla!

ZAPATERA

¡Con lo que yo lo quería! ¡Lo adoraba!

ZAPATERO

(Con un arranque)

¡Eso no es verdad!

ZAPATERA

(Dejando rápidamente de llorar)

¿Qué está usted diciendo?

ZAPATERO

Digo que es una cosa tan... incomprensible que... parece que no es verdad. (Turbado.)

ZAPATERA

Tiene usted razón, pero yo desde entonces no como, ni duermo, ni vivo; porque él era mi alegría, mi defensa.

ZAPATERO

Y queriéndolo tanto como lo quería, ¿la abandonó? Por lo que veo, su marido de usted era un hombre de pocas luces.

ZAPATERA

Haga el favor de guardar la lengua en el bolsillo. Nadie le ha dado permiso para que dé su opinión.

ZAPATERO

Usted perdone, no he querido...

ZAPATERA

Digo..., ¡cuando era más listo!...

ZAPATERO

(Con guasa)

¿Síííí?

ZAPATERA

(Enérgica)

Sí. ¿Ve usted todos esos romances y chupaletinas que canta y cuenta por los pueblos? Pues todo eso es un ochavo comparado con lo que él sabía..., él sabía... ¡el triple!

ZAPATERO

(Serio)

No puede ser.

ZAPATERA

(Enérgica)

Y el cuádruple... Me los decía todos a mí cuando nos acostábamos. Historietas antiguas que usted no habrá oído mentar siquiera... (*Gachona.*) y a mí me daba un susto..., pero él me decía: «¡Preciosa de mi alma, si esto ocurre de mentirijillas!»

ZAPATERO

(Indignado)

¡Mentira!

ZAPATERA

(Extrañadísima)

¿Eh? ¿Se le ha vuelto el juicio?

ZAPATERO

¡Mentira!

ZAPATERA

(Indignada)

Pero ¿qué es lo que está usted diciendo, titiritero del demonio?

ZAPATERO

(Fuerte y de pie)

Que tenía mucha razón su marido de usted. Esas historietas son pura mentira, fantasía nada más. (*Agrio.*)

ZAPATERA

(Agría)

Naturalmente, señor mío. Parece que me toma por tonta de capirote..., pero no me negará usted que dichas historietas impresionan.

ZAPATERO

¡Ah, eso ya es harina de otro costal! Impresionan a las almas impresionables.

ZAPATERA

Todo el mundo tiene sentimientos.

ZAPATERO

Según se mire. He conocido mucha gente sin sentimiento. Y en mi pueblo vivía una mujer... en cierta época, que tenía el suficiente mal corazón para hablar con sus amigos por la ventana mientras el marido hacía botas y zapatos de la mañana a la noche.

ZAPATERA

(Levantándose y cogiendo una silla)

¿Eso lo dice por mí?

ZAPATERO

¿Cómo?

ZAPATERA

¡Que si va con segunda, dígalo! ¡Sea valiente

ZAPATERO

(Humilde)

Señorita, ¿qué está usted diciendo? ¿Qué sé yo quién es usted? Yo no la he ofendido en nada; ¿por qué me falta de esa manera? ¡Pero es mi sino! *(Casi lloroso.)*

ZAPATERA

(Enérgica, pero conmovida)

Mire usted, buen hombre. Yo he hablado así porque estoy sobre ascuas; todo el mundo me aseña, todo el mundo me critica; ¿cómo quiere que no esté acechando la ocasión más pequeña para defenderme? Si estoy sola, si soy joven y vivo ya sólo de mis recuerdos... *(Llora.)*

ZAPATERO

(Lloroso)

Ya comprendo, preciosa joven. Yo comprendo mucho más de lo que pueda imaginarse, porque... ha de saber usted, con toda clase de reservas, que su situación es..., sí, no cabe duda, idéntica a la mía.

ZAPATERA

(Intrigada)

¿Es posible?

ZAPATERO

(Se deja caer sobre la mesa)

A mí... ¡me abandonó mi esposa!

ZAPATERA

¡No pagaba con la muerte!

ZAPATERO

Ella soñaba con un mundo que no era el mío, era fantasiosa y dominante, gustaba demasiado de la conversación y las golosinas que yo no podía costearle, y un día tormentoso de viento huracanado me abandonó para siempre.

ZAPATERA

¿Y qué hace usted ahora, corriendo mundo?

ZAPATERO

Voy en su busca para perdonarla y vivir con ella lo poco que me queda de vida. A mi edad ya se está malamente por esas posadas de Dios.

ZAPATERA

(Rápida)

Tome un poquito de café caliente, que después de toda esta tracamundana le servirá de salud. *(Va. al mostrador a echar café y vuelve la espalda al ZAPATERO.)*

ZAPATERO

(Persignándose exageradamente y abriendo los ojos)

Dios te lo premie, clavellinita encarnada.

ZAPATERA

(Le ofrece la taza. Se queda con el plato en la mano y él bebe a sorbos)

¿Está bueno?

ZAPATERO

(Meloso)

¡Como hecho por sus manos!

ZAPATERA

(Sonriendo)

¡Muchas gracias!

ZAPATERO

(En el último trago)

¡Ay, qué envidia me da su marido!

ZAPATERA

(Cantando dentro, fuerte)
¡Ay, jaleo, jaleo,
ya se acabó el alboroto
y vamos al tiroteo!

ZAPATERO

Ya lo está usted oyendo.

ALCALDE

¿Y qué piensas hacer?

ZAPATERO

Cuca silvana. *(Hace un ademán.)*

ALCALDE

¿Se te ha vuelto el juicio?

ZAPATERO

(Excitado)

El zapatero a tus zapatos se acabó para mí. Yo soy un hombre pacífico. Yo no estoy acostumbrado a estos voceríos y a estar en lenguas de todos.

ALCALDE

(Riéndose)

Recapacita lo que has dicho que vas a hacer; que tú eres capaz de hacerlo, y no seas tonto. Es una lástima que un hombre como tú no tenga el carácter que debías tener.

(Por la puerta de la izquierda aparece la ZAPATERA echándose polvos con una polvera rosa y limpiándose las cejas.)

ZAPATERA

Buenas tardes.

ALCALDE

Muy buenas. *(Al ZAPATERO.)* ¡Como guapa, es guapísima!

ZAPATERO

(*Aparte*)

¡Ay, qué zapaterilla de mi corazón!

(*Golpes en la puerta.*)

ZAPATERA

¡Jesús! Está una en un continuo sobresalto.
¿Quién es?

NIÑO

¡Abre!

ZAPATERA

Pero ¿es posible? ¿Cómo has venido?

NIÑO

¡Ay, vengo corriendo para decírtelo

ZAPATERA

¿Qué ha pasado?

NIÑO

Se han hecho heridas con las navajas dos o tres mozos y te echan a ti la culpa. Heridas que echan mucha sangre. Todas las mujeres han ido a ver al juez para que te vayas del pueblo, ¡ay! Y los hombres querían que el sacristán tocara las campanas para cantar tus coplas... (*El Niño está jadeante y sudoroso.*)

ZAPATERA

(*Al Zapatero*)

¿Lo está usted viendo?

NIÑO

Toda la plaza está llena de corrillos..., parece la feria..., ¡y todos contra ti!

ZAPATERO

¡Canallas! Intenciones me dan de salir a defenderla.

ZAPATERA

¿Para qué? Lo meterán en la cárcel. Yo soy la que va a tener que hacer algo gordo.

NIÑO

Desde la ventana de tu cuarto puedes ver el jaleo de la plaza.

ZAPATERA

(Rápida)

Vamos, quiero cerciorarme de la maldad de las gentes. *(Mutis rápido.)*

ZAPATERO

¡Sí, sí, canallas... pero pronto ajustaré cuentas con todos y me las pagarán... ¡Ah, casilla mía, qué calor más agradable sale por tus puertas y ventanas!; ¡ay, qué terribles paradores, qué malas comidas, qué sábanas de lienzo moreno por esos caminos del mundo!; ¡Y qué disparate no sospechar que mi mujer era de oro puro, del mejor de la tierra!; Casi me dan ganas de llorar!

VECINA ROJA

(Entrando rápida)

Buen hombre.

VECINA AMARILLA

(Rápida)

Buen hombre.

VECINA ROJA

Salga en seguida de esta casa. Usted es persona decente y no debe estar aquí.

VECINA AMARILLA

Esta es la casa de una leona, de una hiena.

VECINA ROJA

De una mal nacida, desengaño de los hombres.

VECINA AMARILLA

Pero o se va del pueblo o la echamos. Nos trae locas.

VECINA ROJA

Muerta la quisiera ver.

VECINA AMARILLA

Amortajada con su ramo en el pecho.

ZAPATERO

(Angustiado)

¡Basta!

VECINA ROJA

Ha corrido la sangre...

VECINA AMARILLA

No quedan pañuelos blancos.

VECINA ROJA

Dos hombres como dos soles.

VECINA AMARILLA

Con las navajas clavadas.

ZAPATERO

(Fuerte)

¡Basta ya!

VECINA ROJA

Por culpa de ella.

VECINA AMARILLA

Ella, el a y ella.

VECINA ROJA

Miramos por usted.

VECINA AMARILLA

¡Le avisamos con tiempo!

ZAPATERO

Grandísimas embusteras, mentirosas, mal nacidas. Os voy a arrastrar del pelo.

VECINA ROJA

(A la otra)

¡También lo ha conquistado!

VECINA AMARILLA

¡A fuerza de besos habrá sido!

ZAPATERO

¡Así os lleve el demonio! ¡Basiliscos, perjuras!

VECINA NEGRA

(En la ventana)

¡Comadre, corra usted! *(Sale corriendo. Las dos*

VECINAS hacen lo mismo.)

VECINA ROJA

Otro en el garlito.

VECINA AMARILLA

¡Otro!

ZAPATERO

¡Sayonas judías! ¡Os pondré navajillas barbe-
ras en los zapatos! ¡Me vais a soñar!

NIÑO

(Entra rápido)

Ahora entraba un grupo de hombres en casa del
Alcalde. Voy a ver lo que dicen. *(Sale corriendo.)*

ZAPATERA

(Valiente)

Pues aquí estoy, si se atreven a venir. Y con
serenidad de familia de caballistas que han cru-
zado muchas veces la sierra, sin hamugas, a pelo
sobre los caballos.

ZAPATERO

¿Y no flaqueará algún día su fortaleza?

ZAPATERA

Nunca se rinde la que, como yo, está sostenida
por el amor y la honradez. Soy capaz de seguir
así hasta que se vuelva cana toda mi mata de pelo.

ZAPATERO

(Conmovido, avanzando hacia ella)

Ay...

ZAPATERA

¿Qué le pasa?

ZAPATERO

Me emociono.

ZAPATERA

Mire usted, tengo a todo el pueblo encima, quie-
ren venir a matarme, y sin embargo no tengo
ningún miedo. La navaja se contesta con la na-
vaja y el palo con el palo, pero cuando de noche

cierro esa puerta y me voy sola a mi cama..., me da una pena..., ¡qué pena! ¡Y paso unas sofocaciones!... Que cruje la cómoda: ¡un susto! Que suenan con el aguacero los cristales del ventanillo, ¡otro susto! Que yo sola meneo sin querer las perinolas de la cama, ¡susto doble! Y todo esto no es más que el miedo a la soledad donde están los fantasmas, que yo no he visto porque no los he querido ver, pero que vieron mi madre y mi abuela y todas las mujeres de mi familia que han tenido ojos en la cara.

ZAPATERO

¿Y por qué no cambia de vida?

ZAPATERA

¿Pero usted está en su juicio? ¿Qué voy a hacer? ¿Dónde voy así? Aquí estoy y Dios dirá.

(Fuera y muy lejanos se oyen murmullos y aplausos.)

ZAPATERO

Yo lo siento mucho, pero tengo que emprender mi camino antes que la noche se me eche encima. ¿Cuánto debo? *(Coge el cartelón.)*

ZAPATERA

Nada.

ZAPATERO

No transijo.

ZAPATERA

Lo comido por lo servido.

ZAPATERO

Muchas gracias. *(Triste, se carga el cartelón.)* Entonces, adiós... para toda la vida, porque a mi edad... *(Está conmovido.)*

ZAPATERA

(Reaccionando)

Yo no quisiera despedirme así. Yo soy mucho más alegre. *(En voz clara.)* Buen hombre, Dios quiera que encuentre usted a su mujer, para que

vuelva a vivir con el cuidado y la decencia a que estaba acostumbrado. (*Está conmovida.*)

ZAPATERO

Igualmente le digo de su esposo. Pero usted ya sabe que el mundo es reducido; ¿qué quiere que le diga si por casualidad me lo encuentro en mis caminatas?

ZAPATERA

Dígale usted que lo adoro.

ZAPATERO

(*Acercándose*)

¿Y qué más?

ZAPATERA

Que a pesar de sus cincuenta y tantos años, benditísimos cincuenta años, me resulta más juncal y torerillo que todos los hombres del mundo.

ZAPATERO

¡Niña, qué primor! ¡Le quiere usted tanto como yo a mi mujer!

ZAPATERA

¡Muchísimo más!

ZAPATERO

No es posible. Yo soy como un perrito y mi mujer manda en el castillo, ¡pero que mande! Tiene más sentimiento que yo. (*Está cerca de ella y como adorándola.*)

ZAPATERA

Y no se olvide de decirle que lo espero, que el invierno tiene las noches largas.

ZAPATERO

Entonces, ¿lo recibiría usted bien?

ZAPATERA

Como si fuera el rey y la reina juntos.

ZAPATERO

(Temblando)

¿Y si por casualidad llegara ahora mismo?

ZAPATERA

¡Me volvería loca de alegría!

ZAPATERO

¿Le perdonaría su locura?

ZAPATERA

¡Cuánto tiempo hace que se la perdoné!

ZAPATERO

¿Quiere usted que llegue ahora mismo?

ZAPATERA

¡Ay, si viniera!

ZAPATERO

(Gritando)

¡Pues aquí está!

ZAPATERA

¿Qué está usted diciendo?

ZAPATERO

(Quitándose las gafas y el disfraz,

¡Que ya no puedo más, zapatera de mi corazón!

(La ZAPATERA está como loca, con los brazos separados del cuerpo. El ZAPATERO abraza a la ZAPATERA y ésta lo mira fijamente en medio de su crisis. Fuera se oye claramente un runrún de coplas.)

VOZ

(Dentro)

La señora zapatera
al marcharse su marido
ha montado una taberna
donde acude el señorío.

ZAPATERA

(Reaccionando)

¡Pillo, granuja, tunante, canalla! ¿Lo oyes?
¡Por tu culpa! (*Tira las sillas.*)

ZAPATERO

(*Emocionado, dirigiéndose al banquillo*)

¡Mujer de mi corazón!

ZAPATERA

¡Corremundos! ¡Ay, cómo me alegro de que
hayas venido! ¡Qué vida te voy a dar! ¡Ni la In-
quisición! ¡Ni los templarios de Roma!

ZAPATERO

(*En el banquillo*)

¡Casa de mi felicidad!

(*Las coplas se oyen cerquísima. Los VECI-
NOS aparecen en la ventana.*)

VOCES

(*Dentro*)

¿Quién te compra, zapatera,
el paño de tus vestidos
y esas chambras de batista
con encaje de bolillos?
Ya la corteja el Alcalde,
ya la corteja Don Mirlo.
Zapatera, zapatera,
¡zapatera, te has lucido!

ZAPATERA

¡Qué desgraciada soy! ¡Con este hombre que
Dios me ha dado! (*Yendo a la puerta.*) ¡Callarse,
largos de lengua, judíos colorados! Y venid, venid
ahora, si queréis. Ya somos dos a defender mi
casa, ¡dos!, ¡dos!, yo y mi marido. (*Dirigiéndose
al marido.*) ¡Con este pillo, con este granuja!

(*El ruido de las coplas llena la escena. Una
campana rompe a tocar lejana y furiosa-
mente.*)

Telón

FIN

ANTOLOGÍA

Fernando Larrea

POEMAS DEL CANTE JONDO Y ROMANCERO GITANO

LA GUITARRA

EMPIEZA el llanto
de la guitarra.
Se rompen las copas
de la madrugada.
Empieza el llanto
de la guitarra.
Es inútil
callarla.
Es imposible
callarla.
Llora monótona
como llora el agua,
como llora el viento
sobre la nevada.
Es imposible
callarla.
Llora por cosas
lejanas.
Arena del Sur caliente
que pide camelias blancas.
Llora flecha sin blanco,
la tarde sin mañana,
y el primer pájaro muerto
sobre la rama.
¡Oh guitarra!
Corazón malherido
por cinco espadas.

Y DESPUES

LOS laberintos
que crea el tiempo,
se desvanecen.

(Sólo queda
el desierto.)

El corazón,
fuente del deseo,
se desvanece.

Sólo queda
el desierto.)

La ilusión de la aurora
y los besos,
se desvanecen.

Sólo queda el desierto.
Un ondulado
desierto.

ROMANCE DE LA LUNA, LUNA

A Conchita García Lorca

LA luna vino a la fragua
con su polisón de nardos.
El niño la mira mira.
El niño la está mirando.
En el aire conmovido
mueve la luna sus brazos
y enseña, lúbrica y pura,
sus senos de duro estaño.
Huye luna, luna, luna.
Si vinieran los gitanos,
harían con tu corazón
collares y anillos blancos.
Niño, déjame que baile.
Cuando vengan los gitanos,
te encontrarán sobre el yunque
con los ojillos cerrados.
Huye luna, luna, luna,
que ya siento sus caballos.
Niño, déjame, no pises
mi blancor almidonado.

El jinete se acercaba
tocando el tambor del llano.
Dentro de la fragua el niño,
tiene los ojos cerrados.
Por el olivar venían,
bronce y sueño, los gitanos.
Las cabezas levantadas
y los ojos entornados.

Cómo canta la zumaya,
¡ay cómo canta en el árbol!
Por el cielo va la luna
con un niño de la mano.

Dentro de la fragua lloran,
dando gritos, los gitanos.
El aire la vela, vela.
El aire la está velando.

ROMANCE SONAMBULO

*A Gloria Giner
y a Fernando de los Ríos*

VERDE que te quiero verde.
Verde viento. Verdes ramas.
El barco sobre la mar
y el caballo en la montaña.
Con la sombra en la cintura
ella sueña en su baranda,
verde carne, pelo verde,
con ojos de fría plata.
Verde que te quiero verde.
Bajo la luna gitana,
las cosas la están mirando
y ella no puede mirarlas.

*

Verde que te quiero verde.
Grandes estrellas de escarcha,
vienen con el pez de sombra
que abre el camino del alba.
La higuera frota su viento
con la lija de sus ramas,
y el monte, gato garduño,
eriza sus pitas agrias.
¿Pero quién vendrá? ¿Y por dónde...?
Ella sigue en su baranda,
verde carne, pelo verde,
soñando en la mar amarga.

*

Compadre, quiero cambiar
mi caballo por su casa,
mi montura por su espejo,
mi cuchillo por su manta.
Compadre, vengo sangrando,
desde los puertos de Cabra.
Si yo pudiera, mocito,
este trato se cerraba.
Pero yo ya no soy yo.
Ni mi casa es ya mi casa.
Compadre, quiero morir
decentemente en mi cama.

De acero, si puede ser,
con las sábanas de holanda.
¿No veis la herida que tengo
desde el pecho a la garganta?
Trescientas rosas morenas
lleva tu pechera blanca.
Tu sangre rezuma y huele.
alrededor de tu faja.
Pero ya no soy yo
Ni mi casa es ya mi casa.
Dejadme subir al menos
hasta las altas barandas,
¡dejadme subir!, dejadme
hasta las verdes barandas.
Barandales de la luna
por donde retumba el agua.

*

Ya suben los dos compadres
hacia las altas barandas.
Dejando un rastro de sangre.
Dejando un rastro de lágrimas.
Temblaban en los tejados
farolillos de hojalata.
Mil panderos de cristal,
herían la madrugada.

*

Verde que te quiero verde,
verde viento, verdes ramas.
Los dos compadres subieron.
El largo viento, dejaba
en la boca un raro gusto
de hiel, de menta y de albahaca.
¡Compadre! ¿Dónde está, dime?
¿Dónde está tu niña amarga?
¡Cuántas veces te esperó!
¡Cuántas veces te esperara,
cara fresca, negro pelo,
en esta verde barandal

*

Sobre el rostro del aljibe,
se mecía la gitana.
Verde carne, pelo verde,
con ojos de fría plata.

Un carámbano de luna
la sostiene sobre el agua.
La noche se puso íntima
como una pequeña plaza.
Guardias civiles borrachos
en la puerta golpeaban.
Verde que te quiero verde.
Verde viento. Verdes ramas.
El barco sobre la mar.
Y el caballo en la montaña.

LA CASADA INFIEL

*A Lydia Cabrera
y a su negrita*

Y que yo me la llevé al río
creyendo que era mozuela,
pero tenía marido.
Fue la noche de Santiago
y casi por compromiso.
Se apagaron los faroles
y se encendieron los grillos.
En las últimas esquinas
toqué sus pechos dormidos,
y se me abrieron de pronto
como ramos de jacintos.
El almidón de su enagua
me sonaba en el oído,
como una pieza de seda
rasgada por diez cuchillos.
Sin luz de plata en sus copas
los árboles han crecido,
y un horizonte de perros
ladra muy lejos del río.

*

Pasadas las zarzadoras,
los juncos y los espinos,
bajo su mata de pelo
hice un hoyo sobre el limo.
Yo me quité la corbata.
Ella se quitó el vestido.
Yo el cinturón con revólver.
Ella sus cuatro corpiños.
Ni nardos ni caracolas
tienen el cutis tan fino,

ni los cristales con luna
relumbran con ese brillo.
Sus muslos se me escapaban
como peces sorprendidos,
la mitad llenos de lumbre,
la mitad llenos de frío.
Aquella noche corrí
el mejor de los caminos,
montado en potra de nácar
sin bridas y sin estribos.
No quiero decir, por hombre,
las cosas que ella me dijo.
La luz del entendimiento
me hace ser muy comedido.
Sucia de besos y arena,
yo me la llevé del río.
Con el aire se batían
las espadas de los lirios.

DE POETA EN NUEVA YORK

LA AURORA

La aurora de Nueva York tiene
cuatro columnas de cieno
y un huracán de negras palomas
que chapotean las aguas podridas.

La aurora de Nueva York gime
por las inmensas escaleras
buscando entre las aristas
nardos de angustia dibujada.

La aurora llega y nadie la recibe en su boca
porque allí no hay mañana ni esperanza posible.
A veces las monedas en enjambres furiosos
taladran y devoran abandonados niños.

Los primeros que salen comprenden con sus
[huesos
que no habrá paraíso ni amores deshojados;
saben que van al cieno de números y leyes,
a los juegos sin arte, a sudores sin fruto.

La luz es sepultada por cadenas y ruidos
en impúdico reto de ciencia sin raíces.
Por los barrios hay gentes que vacilan insomnes
como recién salidas de un naufragio de sangre.

ODA A WALT WHITMAN

POR el East River y el Bronx
los muchachos cantaban enseñando sus cinturas,
con la rueda, el aceite, el cuero y el martillo.
Noventa mil mineros sacaban la plata de las rocas
y los niños dibujaban escaleras y perspectivas.

Pero ninguno se dormía,
ninguno quería ser el río,
ninguno amaba las hojas grandes,
ninguno la lengua azul de la playa.

Por el East River y el Queensborough
los muchachos luchaban con la industria,
y los judíos vendían al fauno del río
la rosa de la circuncisión
y el cielo desembocaba por los puentes y los te-
[jados
manadas de bisontes empujadas por el viento.

Pero ninguno se detenía,
ninguno quería ser nube,
ninguno buscaba los helechos
ni la rueda amarilla del tamboril.

Cuando la luna salga
las poleas rodarán para turbar el cielo;
un límite de agujas cercará la memoria
y los ataúdes se llevarán a los que no trabajan.

Nueva York de cieno,
Nueva York de alambre y de muerte.
¿Qué ángel llevas oculto en la mejilla?
¿Qué voz perfecta dirá las verdades del trigo?
¿Quién el sueño terrible de tus anémonas man-
[chadas?

Ni un solo momento, viejo hermoso Walt Whit-
[man,
he dejado de ver tu barba llena de mariposas,
ni tus hombros de pana gastados por la luna,
ni tus muslos de Apolo virginal,
ni tu voz como una columna de ceniza;

anciano hermoso como la niebla
que gemías igual que un pájaro
con el sexo atravesado por una aguja,
enemigo del sátiro,
enemigo de la vida
y amante de los cuerpos bajo la burda tela.
Ni un solo momento, hermosura viril
que en montes de carbón, anuncios y ferrocarriles,
soñabas ser un río y dormir como un río
con aquel camarada que pondría en tu pecho
un pequeño dolor de ignorante leopardo.

Ni un solo momento, Adán de sangre, macho,
hombre solo en el mar, viejo hermoso Walt Whit-
porque por las azoteas, [man,
agrupados en los bares,
saliendo en racimos de las alcantarillas,
temblando entre las piernas de los chauffeurs
o girando en las plataformas del ajenjo,
los maricas, Walt Whitman, te señalan.

¡También ése! ¡También! Y se despeñan
sobre tu barba luminosa y casta,
rubios del norte, negros de la arena,
muchedumbres de gritos y ademanes,
como gatos y como las serpientes,
los maricas, Walt Whitman, los maricas
turbios de lágrimas, carne para fusta,
bota o mordisco de los domadores.

¡También ése! ¡También! Dedos teñidos
apuntan a la orilla de tu sueño
cuando el amigo come tu manzana
con un leve sabor de gasolina
y el sol canta por los ombligos
de los muchachos que juegan bajo los puentes.

Pero tú no buscabas los ojos arañados,
ni el pantano oscurísimo donde sumergen a los
ni la saliva helada, [niños,
ni las curvas heridas como panza de sapo
que llevan los maricas en coches y terrazas
mientras la luna los azota por las esquinas del
[terror.

Tú buscabas un desnudo que fuera como un río,
toro y sueño que junte la rueda con el alga,

padre de tu agonía, camelia de tu muerte,
y gimiera en las llamas de tu ecuador oculto.

Porque es justo que el hombre no busque su
[deleite
en la selva de sangre de la mañana próxima.
El cielo tiene playas donde evitar la vida
y hay cuerpos que no deben repartirse en la au-
[rora.

Agonía, agonía, sueño, fermento y sueño.
Este es el mundo, amigo, agonía, agonía.
Los muertos se descomponen bajo el reloj de las
[ciudades,
la guerra pasa llorando con un millón de ratas
los ricos dan a sus queridas [grises,
pequeños moribundos iluminados,
y la vida no es noble, ni buena, ni sagrada.

Puede el hombre, si quiere, conducir su deseo
por vena de coral o celeste desnudo.
Mañana los amores serán rocas y el Tiempo
una brisa que viene dormida por las ramas.

Por eso no levanto mi voz, viejo Walt Whitman,
contra el niño que escribe
nombre de niña en su almohada,
ni contra el muchacho que se viste de novia
en la oscuridad del ropero,
ni contra los solitarios de los casinos
que beben con asco el agua de la prostitución,
ni contra los hombres de mirada verde
que aman al hombre y quemán sus labios en
[silencio.

Pero sí contra vosotros, maricas de las ciudades,
de carne tumefacta y pensamiento inmundo,
madres de lodo, arpías, enemigos sin sueño
del Amor que reparte coronas de alegría.

Contra vosotros siempre, que dais a los mucha-
[chos
gotas de sucia muerte con amargo veneno.
Contra vosotros siempre,
Faeries de Norteamérica,
Pájaros de La Habana,
Jotos de Méjico,
Sarasas de Cádiz,
Apios de Sevilla,
Cancos de Madrid,

Floras de Alicante,
Adelaidas de Portugal.

¡Maricas de todo el mundo, asesinos de palo-
[mas!

Esclavos de la mujer, perras de sus tocadores,
abiertos en las plazas con fiebre de abanico
o emboscados en yertos paisajes de cicuta.

¡No haya cuartel! La muerte
mana de vuestros ojos
y agrupa flores grises en la orilla del cieno.
¡No haya cuartel! ¡Alerta!
Que los confundidos, los puros,
los clásicos, los señalados, los suplicantes
os cierren las puertas de la bacanal.

Y tú, bello Walt Whitman, duermes a orillas del
[Hudson
con la barba hacia el polo y las manos abiertas.
Arcilla blanda o nieve, tu lengua está llamando
camaradas que velen tu gacela sin cuerpo.
Duermes, no queda nada.
Una danza de muros agita las praderas
y América se anega de máquinas y llanto.
Quiero que el aire fuerte de la noche más honda
quite flores y letras del arco donde duermes
y un niño negro anuncie a los blancos del oro
la llegada del reino de la espiga.

DE DIVÁN DE TAMARIT

GACELA DE LA TERRIBLE PRESENCIA

YO quiero que el agua se quede sin cauce.
Yo quiero que el viento se quede sin valles.

Quiero que la noche se quede sin ojos
y mi corazón sin la flor del oro;

que los bueyes hablen con las grandes hojas
y que la lombriz se muera de sombra;

que brillen los dientes de la calavera
y los amarillos inunden la seda.

Puedo ver el duelo de la noche herida
luchando enroscada con el mediodía.

Resisto un ocaso de verde veneno
y los arcos rotos donde sufre el tiempo.

Pero no ilumines tu limpio desnudo
como un negro cactus abierto en los juncos.

Déjame en un ansia de oscuros planetas,
pero no me enseñes tu cintura fresca.

GACELA DEL AMOR DESESPERADO

LA noche no quiere venir
para que tú no vengas,
ni yo pueda ir.

Pero yo iré,
aunque un sol de alacranes me coma la sien.

Pero tú vendrás
con la lengua quemada por la lluvia de sal.

El día no quiere venir
para que tú no vengas,
ni yo pueda ir.

Pero yo iré
entregando a los sapos mi mordido clavel.

Pero tú vendrás
por las turbias cloacas de la oscuridad.

Ni la noche ni el día quieren venir
para que por ti muera
y tú mueras por mí.

EL POETA PIDE A SU AMOR QUE LE ESCRIBA

AMOR de mis entrañas, viva muerte,
en vano espero tu palabra escrita
y pienso, con la flor que se marchita,
que si vivo sin mí quiero perderte.

El aire es inmortal. La piedra inerte
ni conoce la sombra ni la evita.
Corazón interior no necesita
la miel helada que la luna vierte.

Pero yo te sufrí. Rasgué mis venas,
tigre y paloma, sobre tu cintura
en duelo de mordiscos y azucenas.

Llena, pues, de palabras mi locura
o déjame vivir en mi serena
noche del alma para siempre oscura.

LLANTO POR IGNACIO SÁNCHEZ MEJÍAS

LA COGIDA Y LA MUERTE.

A las cinco de la tarde.
Eran las cinco en punto de la tarde.
Un niño trajo la blanca sábana
a las cinco de la tarde.
Una espuerta de cal ya prevenida
a las cinco de la tarde.
Lo demás era muerte y sólo muerte
a las cinco de la tarde.

El viento se llevó los algodones
a las cinco de la tarde.
Y el óxido sembró cristal y níquel
a las cinco de la tarde.
Ya luchan la paloma y el leopardo
a las cinco de la tarde.
Y un muslo con un asta desolada
a las cinco de la tarde.
Comenzaron los sones del bordón
a las cinco de la tarde.
Las campanas de arsénico y el humo
a las cinco de la tarde.
En las esquinas grupos de silencio
a las cinco de la tarde.
¡Y el toro solo corazón arriba!
a las cinco de la tarde.
Cuando el sudor de nieve fue llegando
a las cinco de la tarde,
cuando la plaza se cubrió de yodo
a las cinco de la tarde,
la muerte puso huevos en la herida
a las cinco de la tarde:
A las cinco de la tarde.
A las cinco en punto de la tarde:

Un ataúd con ruedas es la cama
a las cinco de la tarde.
Huesos y flautas suenan en su oído
a las cinco de la tarde.
El toro ya mugía por su frente
a las cinco de la tarde.

El cuarto se irisaba de agonía
a las cinco de la tarde.
A lo lejos ya viene la gangrena
a las cinco de la tarde.
Trompa de lirio por las verdes ingles
a las cinco de la tarde.
Las heridas quemaban como soles
a las cinco de la tarde.
y el gentío rompía las ventanas
a las cinco de la tarde.
A las cinco de la tarde.
¡Ay qué terribles cinco de la tarde!
¡Eran las cinco en todos los relojes!
¡Eran las cinco en sombra de la tarde!

LA SANGRE DERRAMADA

¡QUE no quiero verla!

Dile a la luna que venga,
que no quiero ver la sangre
de Ignacio sobre la arena.

¡Que no quiero verla!

La luna de par en par.
Caballo de nubes quietas,
y la plaza gris del sueño
con sauces en las barreras.

¡Que no quiero verla!
Que mi recuerdo se quema.
¡Avisad a los jazmines
con su blancura pequeña!

¡Que no quiero verla!

La vaca del viejo mundo
pasaba su triste lengua
sobre un hocico de sangres
derramadas en la arena,
y los toros de Guisando,
casi muerte y casi piedra,
mugieron como dos siglos
hartos de pisar la tierra.
No.
¡Que no quiero verla!

Por las gradas sube Ignacio
con toda su muerte a cuestras.
Buscaba el amanecer,
y el amanecer no era.
Busca su perfil seguro,
y el sueño lo desorienta.
Buscaba su hermoso cuerpo
y encontró su sangre abierta.
¡No me digáis que la veal!
No quiero sentir el chorro
cada vez con menos fuerza;
ese chorro que ilumina
los tendidos y se vuelca
sobre la pana y el cuero
de muchedumbre sedienta.
¡Quién me grita que me asome!
¡No me digáis que la veal!

No se cerraron sus ojos
cuando vio los cuernos cerca,
pero las madres terribles
levantaron la cabeza.
Y a través de las ganaderías,
hubo un aire de voces secretas
que gritaban a toros celestes,
mayorales de pálida niebla.
No hubo príncipe en Sevilla
que comparársele pueda,
ni espada como su espada,
ni corazón tan de veras.
Como un río de leones
su maravillosa fuerza,
y como un torso de mármol
su dibujada prudencia.
Aire de Roma andaluza
le doraba la cabeza
donde su risa era un nardo
de sal y de inteligencia.
¡Qué gran torero en la plaza!
¡Qué buen serrano en la sierra!
¡Qué blando con las espigas!
¡Qué duro con las espuelas!
¡Qué tierno con el rocío!
¡Qué deslumbrante en la ferial!
¡Qué tremendo con las últimas
banderillas de tiniebla!

Pero ya duerme sin fin.
Ya los musgos y la hierba

abren con dedos seguros
la flor de su calavera.

Y su sangre ya viene cantando:
cantando por marismas y praderas,
resbalando por cuernos ateridos,
vacilando sin alma por la niebla,
tropezando con miles de pezuñas
como una larga, oscura, triste lengua,
para formar un charco de agonía
junto al Guadalquivir de las estrellas.

¡Oh blanco muro de España!

¡Oh negro toro de pena!

¡Oh sangre dura de Ignacio!

¡Oh ruiñeñor de sus venas!

No.

¡Que no quiero verla!

Que no hay cáliz que la contenga,
que no hay golondrinas que se la beban,
no hay escarcha de luz que la enfríe,
no hay canto ni diluvio de azucenas,
no hay cristal que la cubra de plata.

No.

¡Yo no quiero verla!!

CUERPO PRESENTE

LA piedra es una frente donde los sueños gimen
sin tener agua curva ni cipreses helados.
La piedra es una espalda para llevar al tiempo
con árboles de lágrimas y cintas y planetas.

Yo he visto lluvias grises correr hacia las olas
levantando sus tiernos brazos acribillados,
para no ser cazadas por la piedra tendida
que desata sus miembros sin empapar la sangre.

Porque la piedra coge simientes y nublados,
esqueletos de alondras y lobos de penumbra;
pero no da sonidos, ni cristales, ni fuego,
sino plazas y plazas y otras plazas sin muros.

Ya está sobre la piedra Ignacio el bien nacido.
Ya se acabó; ¿qué pasa? Contemplad su figura:
la muerte le ha cubierto de pálidos azufres
y le ha puesto cabeza de oscuro minotauro.

Ya se acabó. La lluvia penetra por su boca.
El aire como loco deja su pecho hundido,
y el Amor, empapado con lágrimas de nieve,
se calienta en la cumbre de las ganaderías.

¿Qué dicen? Un silencio con hedores reposa.
Estamos con un cuerpo presente que se esfuma,
con una forma clara que tuvo ruiseñores
y la vemos llenarse de agujeros sin fondo.

¿Quién arruga el sudario? ¡No es verdad lo
[que dice].

Aquí no canta nadie, ni llora en el rincón,
ni pica las espuelas, ni espanta la serpiente:
aquí no quiero más que los ojos redondos
para ver ese cuerpo sin posible descanso.

Yo quiero ver aquí los hombres de voz dura.
Los que doman caballos y dominan los ríos:
los hombres que les suena el esqueleto y cantan
con una boca llena de sol y pedernales.

Aquí quiero yo verlos. Delante de la piedra.
Delante de este cuerpo con las riendas quebradas.
Yo quiero que me enseñen dónde está la salida
para este capitán atado por la muerte.

Yo quiero que me enseñen un llanto como un
[río
que tenga dulces nieblas y profundas orillas,
para llevar el cuerpo de Ignacio y que se pierda
sin escuchar el doble resuello de los toros.

Que se pierda en la plaza redonda de la luna
que finge cuando niña doliente res inmóvil:
que se pierda en la noche sin canto de los peces
y en la maleza blanca del humo congelado.

No quiero que le tapen la cara con pañuelos
para que se acostumbre con la muerte que lleva.
Vete, Ignacio: No sientas el caliente bramido.
Duerme, vuela, reposa: ¡También se muere el
[mar!

ALMA AUSENTE

NO te conoce el toro ni la higuera,
ni caballos ni hormigas de tu casa.
No te conoce el niño ni la tarde
porque te has muerto para siempre.

No te conoce el lomo de la piedra,
ni el raso negro donde te destrozás.
No te conoce tu recuerdo mudo
porque te has muerto para siempre.

El otoño vendrá con caracolas,
uva de niebla y montes agrupados,
pero nadie querrá mirar tus ojos
porque te has muerto para siempre.

Porque te has muerto para siempre,
como todos los muertos de la Tierra,
como todos los muertos que se olvidan
en un montón de perros apagados.

No te conoce nadie. No. Pero yo te canto.
Yo canto para luego tu perfil y tu gracia.
La madurez insigne de tu conocimiento.
Tu apetencia de muerte y el gusto de su boca.
La tristeza que tuvo tu valiente alegría.

Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace,
un andaluz tan claro, tan rico de aventura.
Yo canto su elegancia con palabras que gimen
y recuerdo una brisa triste por los olivos.



**COOPERACION
ESPAÑOLA**



**CENTRO CULTURAL
HISPANO-GUINEANO
MALABO**

**Edita CENTRO CULTURAL HISPANO-GUINEANO
Malabo**



Ministerio de Información
Turismo y Cultura



Agencia Española de Cooperación
Internacional



Centro Cultural
Hispano-Guineano
Malabo